

# CENIT

*sociología —  
ciencia — literatura*



Plácido Brave : La inhibición de las « élites ». — Carlos M. Rama : La obra cultural de la Revolución Cubana. — J. Ruiz : Ideas sobre educación. — Edwin Way Teale : Thoreau y el tiempo. — Jorge Uscatescu : El tiempo de Ulises. — Abarrategui : Alas sin cielo. — Celta Luz : La mañana luminosa. — A. Camus : Manuales e intelectuales. — C. Iscar : La comida del hombre. — Georges Vidal : Han Ryner. El nombre y la obra. — Gérard de Lacaze-Duthiers : Mediocracia y aristocracia. — Puyol : El afilador de Trives. — M. Celma : La vida y los libros. — Costa Iscar : Sociedades animales. Sociedad humana. — Alaiz : Mundo al revés. — Denis : El maestro. — Jean Cassou : Picasso. — Suno : Microcultura. — José Peirats : La Sión Hispánica (folletón encuadernable)



# 124

ABRIL - 1961

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF

## Fidel Castro, en los buenos tiempos de la Sierra Maestra

He aquí una foto que evoca a Fidel Castro, en los días heroicos de la lucha contra la tiranía de Batista, cuando, con un puñado de intrépidos guerrilleros se batía contra las fuerzas del dictador.

(El que está marcado con una X, es nuestro compañero Cirilo)

Ayuntamiento de Madrid

## Una página de Jacinto Grau

La pasividad, la indiferencia y la estulticia de los que, pudiendo hacerlo, no hacen nada por el teatro, de tan amplio alcance social, que tiene también, como todo, un coeficiente económico, es un síntoma más de la profunda crisis que sacude al viejo mundo, forzosamente destinado a mejor estructura o a inevitable renovación, o a caducar en su vejez.

Todo esto no justifica, ni explica, como se cree superficialmente, que dejen de producir los nacidos con alma auténtica de creador teatral. Estos no se quedan nunca con la obra dentro. El tiempo, en cierto plano, es inexistente. Hebbel, en su famoso « Diario », nos habla del gusano de seda, que produce ésta por instinto, sin filosofía. El que no tiene, contra toda enemiga circunstancial de su época, la fuerza bastante de afirmarse a sí mismo, es que nació ya destinado al fracaso. Las mariposas de Darwin, que volaron contra el viento, constituyeron la especie que duró. No hay filosofía ni religión que pueda contra la voluntad de vivir, de ser y de crear. No hay excusa ante el renunciamiento de sí mismo. Un momento de la vida humana puede engendrar resonancias de siglos. A veces, en segundos, se producen semillas para infinitos. Los hombres que han removido el mundo y han hecho la historia, la ciencia, el arte y lo que llamamos civilización, han venido a la tierra por unos instantes de placer o de deseo cumplido, a veces del más bajo y animal.

### CENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

*Colaboradores:*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,  
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert  
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,  
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,  
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,  
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán  
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,  
A. Prudhommeaux

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

# La inhibición de las «élites»

por Plácido BRAVO

**N**O deja de ser un fenómeno extraordinario el hecho acuciante que domina parte de nuestra época. Por un lado asistimos al triunfo de la relatividad científica evidenciada por Einstein; por otro, el acoso de problemas morales, políticos, filosóficos, económicos, etcétera, que reclaman soluciones urgentes.

Con el triunfo del relativismo vemos desmoronarse principios caducos de añeja vigencia, apoyados en las teorías carcomidas del gran geómetra que fué Euclides. Por otro lado, los problemas enunciados más arriba, preténdese solucionar con tópicos usados, prejuicios obstinados, obtusas teorías que nos los hacen ver como dilemas herméticos. De espaldas a la ciencia renovacionista revolucionaria siempre, síguese repitiendo hasta la saciedad el sobado estribillo de «adaptarse o morir».

Que muchos de estos dilemas son elucubraciones ficticias, es un hecho indiscutible. Hábiles demagogos, con sabia dialéctica, se empeñan en tornar negro lo blanco y viceversa, y la multitud encandilada acaba por verlo todo gris. Deformación visual previo desequilibrio mental. Juego de prestidigitadores muy bien orquestado. Y puesto que las élites, los que conocen el truco se callan, murmuran o sonríen, se pregunta el vulgo ¿será verdad tal maravilla?

Mañana será demasiado tarde. El soporífero cerrará todas las puertas que hoy permiten revelar el infundio y demostrar la impostura. Multitudes amnésicas que todo lo olvidaron, abúlicas que no podréis movilizar, ciegas para ver, sordas para oír; que habrán perdido el gusto para paladear la verdad y el tacto para pulsar lo positivo. Vosotros mismos tendréis que escoger entre dos verdades ficticias si no tenéis temple heroico para gritar la verdad pura mañana, cuando dicho grito signifique la mudez eterna, y cuando el heroísmo sea estéril.

Pocos tendrán esta hombría. Cercados, achicharrados por un fogueo circular, renunciarán a la verdad para vivir. Los más afortunados escaparían a los cuernos del toro enfurecido con una pirueta hábil; otros se librarán dándose con fingido fervor al saqueo de las reliquias ayer por ellos veneradas; los más, bailarían al son de los que tocan, sintiéndose felices si pueden adoptar la máscara de rigor o el antifaz normativo que les permita cubrir sus propias vergüenzas.

La historia está llena de ejemplos. Citaremos:

Cuéntase que Leibnitz, el inventor del cálculo diferencial, gran filósofo, historiador y no sé cuántas cosas más entre las que le honran, vióse en cierta ocasión muy apurado por la ignorancia circundante. En efecto. Para atravesar el Adriático tuvo que embarcarse a bordo de un pequeño velero. Levantóse una gran borrasca durante la travesía. Los pasajeros empezaron a agitarse más que el mismo mar. Miedo en los rostros de los marinos, en tanto que él, Leibnitz, conservaba su serenidad estoica. Lo que extrañó a todos. En esto oyó al piloto dirigirse en italiano a la tripulación y demás pasajeros, en tales términos: «Este hombre impasible, taciturno y vestido de negro es seguramente un herético; los elementos se han desencadenado bajo su influencia, y lo más lógico sería echarlo por la borda, con el fin de conjurar el maleficio y así salir indemnes de tan comprometida situación.»

## La Habana

# La obra cultural de...

Escribe Carlos M. RAMA. — Especial para CENIT

**H**ACE un mes que Cuba festeja el Carnaval tarareando la canción de moda: «Yo no bailo con Juana»; pero hace también cuatro domingos que «el Caballo» corta caña en las cooperativas; los milicianos terminan de limpiar de los últimos contrarrevolucionarios la sierra de Escambray y el país entero participa de las tareas que impone para 1961 el Año de la Educación.

Infatigable en la guerra, como en la paz («un verdadero caballo», dicen con admiración los cubanos) el Dr. Fidel Castro prometió a la Asamblea General de las Naciones Unidas que Cuba terminaría definitivamente con el analfabetismo en solamente un año.

De acuerdo a ese proyecto la isla antillana se colocaría a la cabeza de los pueblos latinos y al nivel de Escandinavia e Inglaterra, etc., en materia de educación popular. La empresa adquiere su verdadera dimensión cuando se reflexiona que de acuerdo al censo de 1953 Cuba tenía oficialmente un 30 por 100 de analfabetos en su población total, habiendo provincias donde alcanzaba al 50 por 100, y regiones como las serranas donde era del 100 por 100. Además tenía un sistema escolar co-rrompido, pues miles de maestros no ejercían sus

cargos, había una excesiva burocracia, las escuelas estaban irregularmente situadas, al punto que las estadísticas mostraban que el porcentaje de analfabetos en vez de decrecer crecía a partir de 1910.

En los primeros meses de 1959 el nuevo orden revolucionario cubano procedió a sanear el sistema escolar, y aumentó en varios miles el número de aulas efectivas disponibles, especialmente en las zonas agrícolas, pero ahora se trata de algo distinto.

El plan puesto en práctica en 1961 consiste en recurrir a los alfabetizadores voluntarios, reclutados en el magisterio, pero más esencialmente entre los estudiantes, las profesiones liberales, los funcionarios, etc. Se trata de enseñar las primeras letras a un millón ochocientos mil individuos aproximadamente, en su mayoría campesinos. El gobierno ha comprado una fábrica de lápices en Europa, se dispone de una gran imprenta para libros, propaganda, etc., y en la empresa participa toda la red de sindicatos, cooperativas, centros culturales y sociales, clubs comunales, y, naturalmente, escuelas, liceos, universidades, etc. Es una empresa que honra a la América Latina y que somete a una difícil experiencia a la revolución cubana.

Leibnitz, que comprendía el italiano, así como varias lenguas, sin parecer haber comprendido la arenga airada del piloto, comprendió el peligro que corría si seguía distinguiéndose tan insolentemente. Así que, con fingido fervor, sacando de su faltriquera un viejo rosario, empezó a desgranarlo como un consumado devoto, pese a que rezara litúrgicamente cálculos a guisa de rezos.

Baltasar Gracián, el jesuita más irreverente, agudo filósofo e irónico mordaz de la Península, quien se hizo famoso con sus máximas y su cautela, se hizo suya ésta: «Hay que servirse de los medios humanos como si los divinos no existieran...», pero después, como si temiera la blasfemia, añade: «... y de los divinos ignorando los humanos igualmente».

Esta duplicidad o confusa agudeza suya, tratando de bienquistarse con el hombre sin irritar a Dios, podemos darla por buena pensando en la potencia inquisitiva de aquellos tiempos. Pero ello no fué bastante para librarse del brazo secular amenazante. Menos afortunado que Pascal y los discípulos de Port-Royal, la mudez prematura y su muerte, se la debió a sus jerarcas, verdaderos generales en potencia de su tiempo.

En fin, las amenazas veladas y abiertas que llovieran sobre los activos pacifistas en el curso de la guerra europea son elocuentes.

Romain Rolland debe expatriarse a Suiza para seguir una campaña minimizada.

Kropotkin firma un manifiesto en contradicción con toda su vida de militante y sus propias teorías.

Anatole France se retira y se encierra en su torre de la Touraine. Suyas son estas palabras escépticas: «La estupidez es grande. En tiempos ordinarios tiene cien cabezas. Pero en tiempos de guerra tiene mil, y todas muerden».

Sobre todos estos hombres pesaba la muerte trágica de Jaurès. Y lo más grave del caso es que todos ellos pagaban, como excepciones, la inhibición de las élites, a veces de las élites de otras generaciones. Gran verdad es que las herencias son levaduras para amasar el presente las que, a todos los precursorer, ajustan las cuentas.

La experiencia educacional en los países platen-  
ses hace pensar que sería necesaria la duplica-  
ción absoluta de las cifras presupuestales que co-  
rresponden al rubro de enseñanza para cumplir  
empresas similares. Lo cierto es que el observa-  
dor se pregunta si en circunstancias normales es  
posible hacerle ese lugar, reservar tales porcenta-  
jes a la enseñanza, que naturalmente deberían  
quitarse a los presupuestos militares, policiales,  
etcétera.

Cuba lleva adelante su proyecto apoyada en una  
mística revolucionaria, en razón del clima fervo-  
roso de entusiasmo popular en que está viviendo,  
y alentada por una propaganda gigantesca.

Fidel Castro ha promovido la iniciativa, pero es-  
ta marcha adelante y se espera que triunfe por-  
que por primera vez cientos de miles de analfa-  
betos han comprendido la necesidad de alfabeti-  
zarse, sienten la urgencia de participar en las em-  
presas colectivas que propone el gobierno.



Otro proyecto en marcha de la nueva Cuba es  
la Ciudad Escolar Camilio Cienfuegos, primera  
de una serie de diez ciudades que se propone eri-  
gir en la isla. Esta primera tendrá como objetivo  
albergar en sistema de internado a 20.000 niños  
de la zona de Sierra Maestra, junto con 5.000 maes-  
tros y técnicos. Se trata de educar una élite de  
superdotados campesinos, los mejores alumnos de  
las escuelas ordinarias de la Sierra, entre los 10  
y los 18 años. Recibirán enseñanza media y téc-  
nica, y atenderán al sustentamiento de la misma  
colonia produciendo los alimentos, y otros artícu-  
los necesarios. La ciudad C. Cienfuegos se em-  
pezó hace seis meses, y está construida la primera  
unidad, que alberga 500 niños, por ahora, recluta-  
dos entre los analfabetos mayores de 10 años co-  
mo una contribución a la campaña pro-alfabetiza-  
ción total.

Pero la obra cultural de la revolución cubana  
se manifiesta no solamente en el plano de las pri-  
meras letras, o de la superación del campesinado,  
sino que apunta a promover una auténtica cultu-

ra de masas en una escuela absolutamente inusual  
no solamente en América Latina, sino en el mun-  
do contemporáneo.

Por ejemplo, se están preparando tres mil ins-  
tructores artísticos (de teatro, de música y de  
danza) para formar en las cooperativas campesi-  
nas conjuntos de aficionados que organicen espec-  
táculos culturales para las aldeas.

Hay una verdadera fiebre de lectura. La Impren-  
ta Nacional ha publicado en un año la suma de  
tres millones de volúmenes a precios ínfimos. Por  
la décima parte del salario diario de un campe-  
sino se puede comprar «Don Quijote de la Man-  
cha» o los discursos de Fidel Castro. De los libros  
de Selser sobre Sandino se han editado ciento cin-  
cuenta mil ejemplares. Durante el año 1961 la Im-  
prenta Nacional se propone publicar doscientos  
títulos, en su mayoría novelas realistas al gusto  
popular (Hugo, Zola, Maupassant, los rusos, pero  
también latinoamericanos como Quiroga, Amorín,  
etcétera).

Hay más. Se ha anunciado la edición de la lla-  
mada Enciclopedia Popular, seguramente la em-  
presa más ambiciosa de educación de masas por  
el libro que se conozca. Se trata de una bibliote-  
ca de cien títulos que tratan desde el origen de  
la Tierra, la Historia universal, la técnica moder-  
na, las ideas contemporáneas, temas cubanos has-  
ta el conocimiento de América Latina. Estos libros  
los escribirán autores como J. P. Sartre, P. Bet-  
telheim, Silva Herzog, destacados autores chinos,  
rusos, norteamericanos, latinoamericanos, etcéte-  
ra, de manera de hacerlos accesibles a los siete  
millones de cubanos, incluso a los recién alfabe-  
tizados. Cada ejemplar se editará en la suma de  
medio millón de ejemplares. Repetimos, el tiraje  
por título es de 500.000 ejemplares, lo que hace  
que la Enciclopedia Popular tendrá al cabo de  
los tres años en que tardará en publicarse, un to-  
tal de cincuenta millones de libros. Esto debe ser  
equivalente al total de libros publicados en espa-  
ñol durante cincuenta años.

Para hacer todo esto Cuba pone en juego sus  
valores del entusiasmo, la espontaneidad, la ini-  
ciativa individual y toma ejemplo en el atleta de  
la energía que tiene por líder, que después de tra-  
bajar 14 o 15 horas diarias durante la semana,  
descansa los domingos cortando la caña de azú-  
car junto a los guajiros. Le faltan en cambio cua-  
dros técnicos, expertos científicos, artistas, maes-  
tros, profesores, escritores. América Latina debe-  
ría proporcionarlos, y si no lo hace, mañana no  
tendrá derecho a recriminar a los cubanos por  
aceptar otras colaboraciones.

CARLOS M. RAMA

(Próximo artículo: «Nacionalización de la Cultura»)

## ... la Revolución Cubana



# Ideas sobre educación

CALVINO

Posteriormente se formaría otro movimiento cultural en Génova que extendería sus raíces a Francia, Holanda, Inglaterra, etc. La cabeza principal de este movimiento era J. Calvino (1509-1569), tan obstinado como Lutero aunque con más autoridad tanto en las letras como en los asuntos de Estado. Calvino fué a París a la edad de catorce años a estudiar arte y bajo la dirección de M. Cordier hizo estudios avanzados en humanidades; posteriormente fué a estudiar leyes a Orléans. Todos sus pasos iban encaminados hacia el sacerdocio, pero los acontecimientos le precipitaron hacia el protestantismo y radicalmente cambió los estudios clásicos por los de la Biblia. En 1536 sale perseguido de Francia y se va a Génova donde ayuda al establecimiento de la nueva corriente que ya se hallaba triunfante en la ciudad.

Calvino ve en este movimiento la posibilidad de que el Estado pueda ser manejado por unos principios religiosos, donde la Iglesia podía tener control en todo aquello que estuviese relacionado con la religión y la moral, para lo cual considera a la educación de primordial importancia para inculcar la religión en el individuo y en la vida social. «Los niños, no sólo han de dedicarse a cantar salmos una hora al día en la escuela a fin de que puedan guiar a la congregación en las oraciones públicas, sino que se les debe enseñar una parte breve y sencilla de la fe cristiana en casa, sobre la cual serán catequizados más tarde los ministros.» Tolera Calvino la educación secular, aunque siempre con la mira puesta en el bien de la Iglesia. «Aunque colocamos en primer término el Verbo de Dios, no despreciamos la buena educación. El Verbo de Dios es en realidad la base de todo saber, pero las artes liberales ayudan a conocer el Verbo y no a despreciarlo. La educación es necesaria para el sostenimiento seguro de la Iglesia y el mantenimiento del humanismo entre los hombres.» Las doctrinas calvinianas sobre educación las propagarían los huguenotes en Francia, la Iglesia Reformada en Holanda, en Inglaterra, los puritanos, en Escocia los presbiterianos.

IGNACIO DE LOYOLA

**A** contrarrestar esta obra de los protestantes y hasta donde fuera posible pararla y hacerla retroceder, vino la Compañía de Jesús, formada en París en 1534 por el vasco español Ignacio de Loyola. Su objeto principal, decían, eran las peregrinaciones a los lugares santos y misiones a todos los confines del mundo, y en la lucha contra el protestantismo actuaron como guerrilleros de la Iglesia católica infiltrándose en los países en que aquél ya había triunfado, plantando escollos en el camino de conquista ha-

por J. RUIZ

cia otros y sentando bases firmes en donde aún no había conseguido llegar. Sus servicios a la batalla perdida que libraba el catolicismo contra los protestantes los valoró el papa en lo que valían y en 1540 Roma reconocía oficialmente a la Compañía. A Ignacio lo nombraron general y fué reconocido como tal por todos sus compañeros. Esta nueva fuerza de choque de la Iglesia se regía (y se rige) por una disciplina militar de la más estricta rigidez. Divididos en clases: novicios, escolásticos, coadjutores, etc., los jesuitas eran un conglomerado de hombres escogidos y bien pasados por el tamiz de los estrictos reglamentos de la asociación. La constitución daba al general poder absoluto sobre las vidas, conciencias y actividades de todos los miembros. Además, por medio del confesonario, imponía una vigilancia severa sobre todos, evitando de esta forma rebeliones inesperadas contra los reglamentos u órdenes emanadas. La sociedad es en suma autocrática y absoluta, y el general de la misma, dictador todopoderoso.

Las armas empleadas en esta lucha por los jesuitas, cuyos objetivos eran tanto para un bando como para el otro la catequización de los creyentes que se hallaban nadando en la confusión y caos que habían creado los vicios y corrupción de las organizaciones religiosas, eran más o menos las de los protestantes, si hacemos excepción de las doctrinas, claro está. Es decir, ambos consideraban que para ganar las conciencias era necesario ganar la batalla de la educación, los protestantes haciéndola extensiva hasta cierto punto a todas las capas de la sociedad; los jesuitas haciendo de cada uno de los miembros un almacén de conocimientos y doctrinas para que pudiesen imponerse o mejor dicho imponer éstas últimas sobre todo.

La Compañía hizo rápidos progresos en Italia y Portugal; en España éstos fueron más lentos por la oposición que encontraron en los dominicos, no obstante en todos estos países crearon escuelas y colegios, así como en Francia, Austria, etc. Sus escuelas estaban bien organizadas y mejor dotadas y sus maestros eran debidamente seleccionados y educados según los métodos y disciplina jesuítica. Todo les era impuesto, no sólo las disciplinas y métodos, sino hasta la forma de interpretarlos. Así, ni tenían libertad ni les eran permitidas innovaciones ni experimentos. Se les imponía un objetivo, y éste había que alcanzarlo por los medios que fueran. Las escuelas jesuíticas eran escuelas de segunda enseñanza e instituciones superiores, aunque Loyola había dedi-

cado algo más de sus esfuerzos a la reforma social. En Roma creó un orfelinato para niños y niñas en el que se atendía a doscientos chicos. La educación que éstos recibían allí consistía en trabajos manuales y otros trabajos de vocación; pero esta labor no duró mucho y salvo algunas acciones de caridad, Loyola volcó todos sus esfuerzos a la educación clásica y teológica de los jóvenes. Las escuelas para niñas no tuvieron lugar alguno en los planes docentes jesuitas. Los colegios se hallaban divididos en grados inferior y superior. El grado inferior tenía un curso de seis años dedicado a la gramática latina, literatura y retórica, y el superior cuatro años de literatura, retórica y lógica. El alumno, al salir de estos dos cursos, pasaba dos años en actividades religiosas, después era consagrado durante unos cuantos años como cadete o practicando la enseñanza bajo vigilancia. Todos los estudios y prácticas de la sociedad no se terminaban hasta después de haber alcanzado los treinta años o más, entonces se era miembro efectivo y al mismo tiempo profesor. En los colegios superiores en un curso que duraba seis años se enseñaban matemáticas, lógica, filosofía y teología, incluyendo griego y latín, aunque el esfuerzo principal iba hacia éste último. El latín era la lengua usada fuera y dentro de la escuela, aunque se toleraba también la len-

gua vernácula para la enseñanza de los principiantes. Se daba gran importancia a la capacidad polémica, al desarrollo de un carácter fuerte, a un conocimiento profundo de la filosofía y de la teología y a la devoción incondicional a la Compañía y a la Iglesia. Otras de las características de la enseñanza jesuita, si no original, al menos practicada por la sociedad, era la de la repetición de las lecciones. Así, se ordenaba que «al final de cada lección, algunos estudiantes, en número de diez más o menos, repetirán lo que han oído durante media hora, y de ser posible poner de encargado a uno de ellos por cada grupo de diez.» La disciplina en las escuelas, siendo una disciplina firme, no era dura comparada con el standard de crueldad de las escuelas del siglo dieciséis, pero por el régimen de éstas ya era bastante. La conducta de los alumnos en clase, en los juegos y en los momentos libres, y con ésta la de los maestros mismos, era estrictamente vigilada por el rector de cada colegio, jefe de estudios y jefe de disciplina. Los castigos los suplían la amenaza constante de una red de espionaje magníficamente montada que todo lo veía y de todo daba cuentas. Sin miedo a equivocarnos podemos decir que las escuelas jesuitas eran las mejores para los fines que fueron creadas.



## DE VICTOR HUGO

«Todos, mientras vivamos, tenemos deberes de varias clases. Debemos en el interés de todos los hombres, luchar; debemos combatir a los fuertes y los poderosos, los fuertes cuando abusan de su fuerza y los poderosos cuando emplean su potencia para servir al mal; debemos coger por el cuello al déspota, sea el que sea, desde el carretero que maltrata a su caballo hasta el rey que oprime a su pueblo. Resistir y luchar son dos necesidades insoslayables.

# Thoreau y el tiempo

«Pideme algunos dólares, pero no me pidas mis tardes».

H. THOREAU

**P**ARA muchos de nosotros que hemos encontrado en los escritos de Henry Thoreau algo de especial y duradera importancia, existe algún día, alguna hora que podemos recordar como ligada a nuestra mente con el memorable primer encuentro, con el aspecto y el espíritu del autor de *Walden*. En cuanto a mí puedo recordarlo muy bien.

Fué el año después que me gradué en el colegio —en donde Emerson gozó de un semestre entero en un curso y Henry Thoreau raramente era mencionado. Aquel mes de junio me embarqué con un compañero de clase en un bote a remos, para remar cuatrocientas millas río abajo por el Ohio, desde Louisville, Kentucky, hasta el Mississippi. Al término del segundo día pensó mi amigo en algo urgente que lo condujo hacia otra parte, mientras yo continué remando solo las trescientas millas que faltaban.

En alguna parte del camino desembarqué en un pequeño pueblo ribereño cuyo nombre no puedo recordar. En su calle principal encontré una pequeña librería de viejo. Allí en una polvorienta mesa repleta de libros usados, encontré un pequeño libro de bolsillo con pensamientos de Henry David Thoreau. Remando río abajo en los días que siguieron, solía poner el bote en medio de la corriente, dejándolo a su merced por una media hora, leyendo mientras me deslizaba —un proceso de educación que rivaliza en atractivo con aquellas legendarias caminatas de los filósofos y sus discípulos entre las alamedas atenienses.

Fué entonces cuando leí un párrafo de los escritos de Thoreau que estuvo siempre presente en mi mente en los años que siguieron. Porque a cada uno de nosotros, sin duda, alguna faceta diferente del multiforme carácter de Thoreau nos impresionó primero. Para mí fueron estas frases de una carta dirigida a su amigo de Worcester, Harrison Blake:

«Acabo de poner otro leño en mi estufa... Me parece que esta noche ya he quemado un árbol de buen tamaño y ¿para qué? Fui a buscarlo con Mr. Tarbell el otro día; pero no fué ésa la búsqueda final. Creo que perdimos el tiempo. Al fin, uno podría decir: «Vamos a ver ¿cuánta leña quemó usted, señor?» Y me estremecería al pensar que la pregunta siguiente sería: ¿qué hacía usted mientras se calentaba?»

Estas palabras fueron escritas cuatro meses y diez días después de la publicación de *Walden* —y seis días antes de navidad—, el 19 de diciembre de 1854. Expresan su continua preocupación por

el tiempo y por el uso del tiempo, siempre presentes en los escritos de Thoreau.

Algunas de sus más hermosas frases se refieren al tiempo. «El tiempo no es sino la corriente donde voy a pescar. Bebo en ella; pero mientras bebo veo el lecho arenoso y me doy cuenta cuán poco profundo es. Su fina corriente se pierde a lo lejos, pero la eternidad permanece. Quisiera beber más profundo; pescar en el cielo cuya profundidad está empedrada de estrellas».

Los que han leído por completo el quinto volumen de su Diario, recordarán la divertida entrada que hizo el 28 de marzo de 1853. «Mi tía Maria me pidió que leyera la vida de Chalmers, lo que no prometí de todos modos hacer. Ayer, domingo, se le oyó decir en la partición gritando a mi tía Juana, que es sorda: «¡Figúrese! se pasó media hora escuchando el croar de las ranas y no ha querido leer la vida de Chalmers».

En muy pocas cosas difería Henry Thoreau de la mayoría de sus vecinos como en sus ideas sobre el empleo del tiempo. Para ellos parecía errante, sin aplicarse a nada, perdiendo el tiempo. Para él eran ellos quienes malgastaban su tiempo, esparciendo por todas partes sus vidas en detalle, muriendo sin haber nunca vivido.

«Es tiempo ya», escribió en su Diario varios años antes que pidiera prestada un hacha para cortar las maderas con que haría su cabaña de Walden, «que empiece a vivir». En Walden, como ha sido señalado innumerables veces, sus gastos sólo eran veintisiete centavos por semana. También, más tarde, pensando en su experimento al lado de la laguna, anotó: «Mi intención no fué vivir más económicamente, sino vivir como pudiera, sin dedicar mucho tiempo en ganarme la vida».

Hace un año, en junio, volví al colegio donde ocurrió aquel acontecimiento del bote a remos, para recibir un cargo honorario. El discurso inicial fué dado por un líder del industrialismo americano. El tema era: Prepondera la educación en los negocios. ¿Por qué? Pues porque un hombre educado, ha sido educado para tener más necesidades que un hombre que no lo ha sido.

Estoy seguro que si Henry Thoreau hubiera estado presente en esa ocasión, dicha idea hubiera sido un tema para pensar en sus solitarias caminatas por Concord como inspector de tormentas de nieve o yendo a una entrevista con una haya. Para nosotros hoy también debería ser un tema de pensamiento. «Si mis necesidades debieran ser aumentadas», anotaba en el segundo volumen de su Diario, «el trabajo requerido para lograrlas se hubiera vuelto una estafa». Y de nuevo: «Malo es ya tener un veedor sureño; peor es tener uno norteno; pero lo más malo de todo es cuando usted mismo es el esclavista». Por cierto que hay algún

mejor investimento de tiempo, que el emplearlo en soportar la infinita multiplicación de nuestras estimuladas necesidades artificiales.

Aprendemos pronto, si es que lo aprendemos, que si hacemos **esto** no podemos hacer **aquello**. El eterno problema es cómo emplear nuestro tiempo. La vieja expresión «gastar el tiempo» (spending time) es válida. Gastamos horas como centavos y lo que escogemos para comprar es fundamentalmente lo que nos concierne. Puede ser gastado el tiempo pero no puede ser perdido. No puede ser despilfarrado, comprimido o tenido por perdido. Los adelantos tecnológicos, ahorrándonos tiempo en algunos aspectos, en otros aumentan considerablemente nuestro tiempo. Podemos querer hacer otras cosas mientras escuchamos la radio, pero ya es imposible si escuchamos la televisión. En el reinado del tiempo, lo mismo que en el reinado de las finanzas existe un problema de inflación. También las cosas parecen valer más en tiempo.

Mientras hacia este lugar venía el último julio, me encontraba en la mitad de un viaje por la Unión que abarcaba unos treinta Estados. Por todas partes que pasé, encontré al mundo enredando más las madejas de las grandes complicaciones. Precisamente el día que aquí llegaba encontré en la supercarretera un letrero que decía: «Antes de volverse a la izquierda, vuélvase dos veces a la derecha». Ustedes y yo queremos gozar en la laguna de Walden y ¿qué ocurre? Que nos encontramos combatiendo para preservar una laguna en que gozar. Si el mundo está demasiado con nosotros, consideremos ahora el hecho que la población de los Estados Unidos aumentará de diez mil seres al fin de nuestra reunión, pues crece en un término medio de diez mil por hora.

Thoreau tenía sus distracciones. Pero ante sus ventanas no veía máquinas de cortar el césped, encima de su techo no había aviones de reacción, no existían ruidosos teléfonos, ni radios con rock-and-roll, ni tiroteos de vaqueros del lejano oeste en la televisión. En los años que le sucedieron, se ha dividido el mundo en miles de medios de distracción, para arrebatarnos nuestro tiempo.

«Matar el tiempo ya no es más una necesaria meta, pues para nosotros está muerto. «Si usted quiere pídame algunos dólares» escribía Thoreau, «pero no me pida mis tardes». Quién no se ha sentido a veces como un hombre rodeado por una biblioteca conteniendo miles de volúmenes, pero con tiempo para leer unos pocos? Debiendo añadir, que a veces, nos sentimos como si toda la biblioteca se estuviera quemando y sólo tuviéramos tiempo de rescatar un solo volumen.

Dice Thoreau que fué a Walden porque tenía miedo que al morir descubriera que nunca había vivido. Pero, ¿qué es vivir? ¿Cuál es el mejor empleo de nuestro tiempo, el modo mejor de pasar nuestras horas? En cada uno debe estar su propia respuesta. Al caminar hace unos años por la Quinta Avenida con el presidente de una empresa publicitaria neoyorkina, me dijo éste: «Al fin he podido descubrir para qué estamos en el mundo». Y al contestarle que estaría muy interesado en conocerlo también, me explicó con toda seriedad: «Sólo

para una cosa estamos en el mundo, conseguir lo mejor de los otros, antes que los demás consigan lo mejor nuestro. Y solamente tenemos una oportunidad y una vida para hacerlo».

Seguro estoy que ésta no hubiera sido la contestación del autor de Walden. Pero ¿cuál hubiera sido? ¿Cuáles eran sus ideas concerniendo al empleo del tiempo? La cuestión del momento siempre es: «¿Por qué comerciamos ahora nuestras vidas?» ¿Qué consideraba de primordial importancia en el empleo de nuestro tiempo? Una cosa, extraída de sus palabras y actos, era que pasaba muchas de sus horas alejado de las distracciones de la sociedad, entre las realidades básicas de la naturaleza. «Me parece», escribió, «que no puedo preservar mi salud y mi pensamiento al menos que cada día pase cuatro horas —y comúnmente es más tiempo—, caminando a través de bosques, colinas y praderas, absolutamente libre de todo compromiso mundano». Pero en esos paseos Henry Thoreau hizo mucho más que pasear. Durante aquellas horas campo afuera los grandes acontecimientos eran sus pensamientos, las épocas, como el decía, de su vida. Ponía sus trampas para atrapar hechos e ideas. Y cuidaba y almacenaba con cuidado sus adquisiciones. Pero por encima de todo, me parece a mí, que la clave del concepto de Thoreau en el más sabio empleo del tiempo, está contenida en su penetrante observación, de que los inventos y esfuerzos del hombre, están principalmente orientados a encontrar medios mejores para peores fines.

Aun recorremos el mundo para contar los gatos de Zanzibar, sólo que viajamos más rápido. En los días de Thoreau, la carrera de los hombres se orientaba hacia los campos auríferos del oeste. «La mayor empresa de esta nación» comentaba, «no es hacia arriba sino hacia el poniente». Hoy, con cohetes y satélites, y planes para llegar a Marte y a la Luna, nuestro progreso es hacia arriba, al menos en un sentido físico. Sin embargo, nos sentimos peor que nunca, más inseguros, puesto que mejores medios para desmejorados fines han sido tan evidentemente avanzados.

El desarrollo de un cohete mejor para alcanzar la Luna o Marte es una gran empresa. Cautiva la imaginación. Pero el desarrollo de mejores hombres para ir a Marte la cautivaría más. Sería un noble fin. Bueno es recordar, que en el hermoso cuento, era el ogro quien calzaba las botas de siete leguas. Ir más lejos y más rápido sin mejorar los fines para ir hacia allá, es meramente otra demostración de medios mejores para fines peores. Si hemos de volar hacia otro planeta con nuestros lanzallamas, gases venenosos y bombas nuestro tiempo empleada en mejorar los fines —no meramente los medios— es, en el sentido thoreviano, el más sabiamente empleado.

Específicamente cómo vivimos día a día, qué empresas emprendemos, cómo gastamos los centavos del tiempo, son cosas que debemos decidir por nosotros mismos. Pero siempre nos enfrentamos al mismo problema que Thoreau se enfrentó al confrontarse con el reinado del tiempo. Podemos hoy calentarnos con combustible líquido en vez de hacerlo con leña. Quizás no tengamos que

# EL TIEMPO DE ULISES

**C**ADA época posee su símbolo mítico. El encarna inquietudes y anhelos, evasiones anímicas, angustias y esperanzas del hombre; en él encuentran reflejado su destino miles de seres en su atormentada peregrinación terrenal. Fausto, Prometeo, Hamlet, plantean en cuanto símbolos, una vez más el problema de la autonomía de la creación artística y se convierten en personajes arquetipos, los únicos que puedan contemplar en un fantástico espejo su propia imagen y en cuyos perfiles los hombres reales que sufren, padecen y gozan humanamente de las alegrías de la vida puedan contemplar a su vez su existencia entendida como anhelos y voluntad de trascenderse.

Durante mucho tiempo, el destino del hombre occidental se ha visto encarnado en el mito de Fausto. También a los mitos de Prometeo y Hamlet se les ha atribuido esta virtud representativa. El «hombre faústico», la cultura faústica, el destino prometeico o el simbolismo del Dulce Príncipe, como destino peculiar de nuestra angustia existencial, han sido y en parte siguen siendo fórmulas definidoras permanentemente de moda.

Pero nuestro tiempo no encuentra ya sus perfiles ni en Fausto, ni en Hamlet, ni en Prometeo. Nuestro tiempo es el tiempo de Ulises, tiempo de exilio, de búsqueda incesante de un hogar perdido, tiempo de profundos anhelos humanos, de soledad. Tiempo de hombres sin patria, que sin cesar buscan sobre los horizontes de los

poner otro leño a nuestro fuego. Nos basta con atómicas, para quemar, sofocar y desintegrar con el fin de avasallar a los posibles habitantes que encontrásemos, emplearíamos medios fantásticamente avanzados para lograr medios no muy diferentes a los de Atila el Huno. La porción de hacer subir un poco el termostato. Pero a pesar de eso, aun hoy en un mundo tan cambiado, nuestra responsabilidad es la misma en cuanto al empleo de nuestro tiempo. La misma voz nos habla, preguntando idéntica pregunta: «¿qué hacía usted mientras se calentaba?»

EDWIN WAY TEALE

Trad. V. Muñoz

NOTA. — Lo que acaba de leerse es la traducción de una conferencia leída (en inglés lecture) ante un auditorio de simpatizantes de las ideas de Thoreau, en su villorrio natal de Concord, EE. UU.

El autor, es uno de los más sobresalientes naturalistas americanos de lengua inglesa, autor de hermosos libros como: «Los bosques perdidos», «Rumbo al norte con la primavera», «Insectos amigos», «A través de América en otoño», «El círculo de las estaciones», «El chico de las dunas», «Aventuras en la naturaleza», etc., siendo además editor de una de las mejores ediciones de WALDEN, ilustrada con más de un centenar de fotografías y prefaciada por el mismo.

El tema desarrollado es de suma importancia, visto que los hombres malgastan miserablemente el tiempo vital que les es disponible y, en realidad, mueren sin haber vistumbrado la belleza de la vida. V. M.

mares míticos las orillas de una isla amada, que es la patria. Su paisaje no el de la «Walpurgisnacht» tenebrosa, ni el del Cáucaso lleno de desafiantes ecos de dolor, ni del castillo que gesta, rodeado de brumas, pensamientos de venganza y angustiosas dudas. Nuestro paisaje ideal es Itaca, otra vez Itaca, isla soleada y familiar, donde nos espera siempre una esposa, un hijo, unos muros, un perro, unos amigos fieles. Es largo y misterioso el camino del retorno a la isla feliz, con sus playas y sus cipreses y sus colinas doradas. Antes había que enfrentarse con los Ciclopes y vencerlos con la astucia. Los Ciclopes son el poder y sólo con la astucia el nuevo Ulises puede salvarse de la fuerza brutal y despiadada del poder. Habrá que vencer igualmente todas las tentaciones que el mítico mar ofrece eternamente al eterno Ulises: la voz de las Sirenas, Calipso, Nausicaa.

«¿Qué me dice de Fausto? ¿Y Hamlet?», preguntaba Frank Budgen, el pintor, amigo del autor de «Ulises», según el libro que ahora vuelve a publicarse con el título de «James Joyce and the making of Ulisses». «Fausto — decía Joyce —, lejos de ser un hombre completo, no es en definitiva un hombre como los hombres. ¿Es acaso un hombre viejo o un hombre joven? ¿Dónde están su casa y su familia? No lo sabemos. Y no puede ser completo porque nunca está solo. Meisatófeles le ronda siempre en torno». Nosotros nos percatamos sólo de una parte de él, continúa Joyce. Fausto no está solo. Su destino creador estriba en un pacto demoníaco, que implica no volver a encontrar nunca la soledad. El precio de la juventud y el amor es la renuncia a la soledad. En cuanto a Hamlet, tampoco podría ser nuestro símbolo, el mito típico de nuestro tiempo. No es un hombre, sus límites humanos no abarcan la plenitud. Hamlet no es un ser humano; es solamente un hijo, lleno de amor y de dudas, de fidelidad y de venganza, de amistad y de odio, pero todo dominado por el sentimiento de hijo; hijo de su padre asesinado y de su madre adúltera. Ulises, en cambio, es un hombre completo. El hombre no sólo creado por la literatura, sino un hombre que simboliza el destino de nuestro tiempo, en el cual los hombres se sienten una vez más ligados a su hogar perdido, tienen una familia, amigos, afectos profundos, a la vez que una fecunda necesidad de estar solos en compañía consigo mismo.

Ulises, decía Joyce, es un hombre completo. Es un hijo de Laertes, pero al mismo tiempo es padre de Telémaco, esposo de Penélope, amante de Calipso, y compañero de armas de los soldados griegos en torno a Troya y rey de Itaca. Su historia no empieza ni termina con las gestas guerreras. Sino después de la victoria suya y de los suyos. Cuando los demás vuelven a la vida y a la paz de los hogares, empieza la verdadera aventura de Ulises. La del exilio, del navegar sin rumbo por los mares míticos, de las dificultades sin número diseminadas por una caprichosa y dura mano vengadora en el camino del retorno a la patria.

Nuestro tiempo es el tiempo de Ulises. Su figura nos es familiar. En su compañía nos encontramos a gusto, porque su destino es nuestro destino, su astucia, su fuerza, su melancolía, nos gustan y nos ayudan a encontrarnos a nosotros mismos.

JORGE USCATESCU

*¡Muestra ahora tus virtudes de cabrón, reúne ahora a tus compadres falangistas y pregona a los cuatro vientos que vengo de casta de hechiceros y prostitutas!*

# ALAS SIN CIELO por Abarrategui

(Fragmento del tercer capítulo)

BERNARDO. — ¡Bien sabes que no te dejaré nunca! ¡Yo no puedo negarte!

ELVIRA. — (Con habitual exaltación). ¡Cuando fusilaron a Benito comenzaron a decirse también otras cosas! Todavía no habían venido a por tí. Ibamos a casarnos tú y yo. Te echaron el guante al día siguiente de nuestra boda. Pero ya aquella noche yo había comprendido que si te faltaba calor para mi necesidad de amarte, te faltaría siempre calor para todo; para mujeres como para ideales. Se burlaron de tí tres veces y tú cediste hasta postrarte a los pies de sus cristos muertos y levantar al sol de sus pretensiones el brazo que debió mantenerse protegiendo valerosamente la hombría... ¡Mientras tanto, corrían rumores de que Benito había desaparecido, de que estaba muerto, de que alguien lo había visto en Gibraltar con uniforme de las fuerzas voluntarias aliadas! ¡No me hubiera extrañado nunca eso en mi Benito quien tanto amaba su libertad y la libertad de los suyos! Pero también se decía, con intenciones lacerantes, que Benito había quedado, con una mueca violenta y vigorosa, a dos pasos del agujero de tierra común que él mismo se había preparado para su muerte. Pero yo creí, he creído y sigo creyendo lo que conviene a mi esperanzada ilusión, y entre dar su recuerdo como vida consumada o prometedora posibilidad de ver realizados mis ensueños, he preferido lo segundo, Bernardo. He preferido lo segundo porque el torrente de amor que adivinas en mí, aquí lo tengo aún, delirante y exquisito, para ofrecérselo a un hombre. ¡Y el hombre no está en un solo hombre sino en el instante en que algunos hombres han sabido vivir como tales! ¡No sé si tú me comprendes! ¡Eso hombres de que te hablo, entre los que debía estar Benito, son mi ideal, porque el ideal de ellos es el de afirmarse a la hombría con tesón incorruptible. ¿En qué ideal pienso? ¡No importa qué ideal! ¡Cualquiera! El ideal no se manifiesta con colores, ni con ropas, ni con hojas de condecoraciones. El ideal verdadero es el que se estampa en la vida con la garantía de la vida: la muerte si es preciso, cuando son sometidos a la prueba del soborno con la amenaza de esa muerte. La calidad del ideal no estriba en un arte convencional de palabras, sino en una actitud de corazón que se afirma en realidades... ¡Y porque yo amo a un hombre, símbolo de ideal, es por lo que yo no puedo contigo, es por lo que me contento con mi leyenda de gaviota que no busca peces en el mar, sino hombres, ¡si los hay!

BERNARDO. — ¿Para qué Elvira? (Y se enciende en un sórdido rencor).

ELVIRA. — (Digna, valiente). Para amarlos.

BERNARDO. — ¡Hasta dónde!

ELVIRA. — ¡Hasta donde, sin abandonar la hombría, ellos me han pedido!

BERNARDO. — ¿Quieres decir que soy un cornudo?

ELVIRA. — Si así interpretas mi leyenda, sí; pero eres un cornudo de modo que no envilece y que por lo tanto no puedes merecer.

BERNARDO. — ¡Maldita! ¡Eres una bruja! ¡Eres un monstruo de perversión! ¿Cómo soportar las confesiones de una loca? ¡Esto no hay quien lo aguante!

ELVIRA. — ¡Tú sí! El dragón azul de vuestro convencionalismo te obliga. Tú ya lo aguantas todo: hasta el agua hirviendo de la ignominia. Sólo podrías escapar de tí mismo por la puerta de la muerte, y la muerte te horroriza. ¡Aguanta, pues, Bernardo, como yo estoy aguantando la realidad de mi existencia por muy irreal que te parezca!

BERNARDO. — ¡Estás loca! Tú disfrazas la impudicia con trapos de ideales. Mi madre tiene razón: ¡las novelas por entregas te han vuelto loca! Pero voy a ser yo, ¿me oyes? quien te enderece. No te voy a matar. Voy a vivir contigo. Y tú conmigo. Vas a conocer la disciplina que mereces, vas a beber aceite de ricino hasta que revientes. ¡Y esa hermosa cabellera, mañana estará quemada! ¡Te vamos a pelar al rape! ¡Esto lo arreglo yo! ¡Maldita, maldita! (Sale).

ELVIRA. — (Gozosamente exaltada). ¡Corre, corre, defiéndete con las armas que te han dado! ¡Mis palabras han promovido en tí lo que eres: ¡un cobarde! ¡Muestra ahora tus virtudes de cabrón! Reune ahora a tus compadres falangistas y pregona a los cuatro vientos que vengo de casta de hechiceros y prostitutas! ¡Está bien! Me sentaré en el mugriento taburete de la comarca, frente a la silueta de la efigie que capitanea vuestras oscuras ambiciones, y mientras cortéis los bucles de mi cabellera, me deleitaré en libar en mi alma un sentimiento gigantesco de conmiseración. ¡Corre, porque yo estoy volando sobre el mar de los acantilados! ¡Allí abajo veo, perdidos sobre sus botes que brincan por los arrecifes, dos o tres desahuciados! Puesto que en tí no lo hay voy a ver si encuentro en ellos el gesto viril que debió tener mi novio cuando vosotros le quitabais la vida con un alarido de fusiles. Sus carnes laceradas no desean, como tú, esta carne mía. ¡Necesitan mi alma, mi consuelo, mi caricia, una caricia de esperanza y un encuentro de miradas donde por un instante se puedan identificar los goces eternos y perfectos de la vida! ¡Los veré partir gozosamente, conscientes de que alguien los ha amado con amor incorruptible e imperecedero! ¡En esta existencia llena de aberraciones, aún me queda a mí un beso purísimo que dar! ¡A cambio de mi postura tengo que soportar el aguijón de vuestras calumnias! ¡Yo no puedo impedir, ni quiero, desde mi alma ansiosa de goces perfectos, la podrida visión ni las patrañas sin tino que os forjáis de mí, de Elvira, de la Gaviota...!

Transpirenaica

# La mañana luminosa ★

**C**OMO una alborada de fiesta grande, vino la mañana envuelta en suaves ecos a los que se sumaron todas las voces de la Naturaleza para amenizarla: pájaros, cigarras, murmurios, siseos, cromos, canciones del hombre madrugador que siente el gozo del feliz amanecer. Las perlas del rocío, cabalgando en las hojas o en las briznas, tiñéronse de ondas irisadas y, moviéndose al compás de suave brisa ondularon en cadentes torsiones. Primero no era más que un leve foco de luz pálida tiñendo el horizonte y, en sucesión cronométrica sincronizado con las leyes cósmicas, surgieron, cual aparición, los bellos cromos pintados al rojo vivo, que cual correo palaciego anunciara al astro rey; asomó su orondo rostro embadurnado de subido carmín y se elevó lentamente grave y majestuoso.

Se incendiaron los picachos batiendo gradualmente las sombras de los declives y la vida despertó de su somnolencia. Siguió la eterna canción vital que jamás se apaga y el tic-tac del reloj del tiempo continuó midiendo la eternidad. Era una mañana luminosa, límpida, suave, capaz de emocionar al corazón más insensible.

El Sol se elevó en el azul purísimo del cielo comunicando al paisaje sus tonos cromáticos de pureza inigualada. En el ambiente flota algo maravilloso que sólo se encuentra en plena Naturaleza, lejos del tumulto embrutecedor de las aglomeraciones populosas donde moran las fuerzas del cuerpo y del alma tristes y enfermizas. Aquí junto al purísimo cielo azul corre un airecillo tan puro como el mismo cielo, cargado de los perfumes de la plantas aromáticas, que infla el pulmón como un globo, llevando a la sangre la salud y la alegría, esa sana alegría que ennoblece el alma, abre anchuroso cauce en la sociedad y sirve de brújula en las relaciones humanas. ¡Oh, cuán preciso es dar al hombre el consuelo de la sana alegría que le ennoblezca y le arranque del abismo en que se debate.

De pronto en la mañana luminosa todo ha cambiado en el alma tanto como hemos remontado a las alturas. La personalidad crece, se agiganta, a la vez que se humillan las fuerzas espirituales hasta ser sutiles como el aire que va siempre en pos de la aventura, de la aventura grandiosa que transporta la voz del cosmos como un eco de los siglos que pasaron y de los que seguirán en el incansable crear de los universos. Aquí nos libramos de la decrepitud, estulticia y chabacanería terráqueas, y, revolviendo de pronto en el infame almacén de los odios, las envidias, las bajas pasiones, los egoismos, avaricias, intransigencias y otros detritus anímicos, hallamos medio asfiziado allí en un triste rincón, un débil retoño de amor

resto de nuestra noble personalidad, lo único que nos mantiene con alguna dignidad en esta sociedad humana rencorosa y enferma, que vive bajo los efectos del miedo, de la inseguridad, de la ignorancia, de la incredulidad y la desesperanza. Ese débil retoño de amor que de golpe anula nuestra innoble personalidad, aquí nos hace buenos. Si encontramos un ser humano en nuestro camino, un pastor que cantando conduce alegre su paciente rebaño, un labriego de rudo semblante y alma virgen azada al hombro, no hallamos diferencia entre ellos y cualquier ser de la Naturaleza. El ambiente sano nos ha transformado, y lo mismo que no osamos aplastar bajo nuestro pie una linda mariposa o una laboriosa hormiga, nos sentimos con el ser que cruza nuestro camino como peregrino de opuesta senda hacia su destino. De este destino nos hablan estas rocas pulidas y brillantes unas, heridas y maltrechas otras por los agentes meteóricos cuyo motor es el Sol. Lo miro en lo alto del cielo fulgurante y aureolado. El Sol, ese horno atómico cuyo volumen equivale a 1.300.000 Tierras, está en pleno paroxismo enviando implacable el aterrador calor de 6.000 grados acumulados en su superficie. El Sol, que nos da vida y también puede quitárnosla, hoy nos aplana y nos confunde estrellándose sus potentes rayos contra las rocas en deslumbrante reverberación. Si siempre somos deudores a sus beneficios, también permanecemos inconscientes bajo su amenaza, y lo mismo que una de sus fragorosas llamaradas es capaz de suspender nuestras relaciones radiofónicas, puede asimismo aniquilarnos en un momento dado si una cualquiera de las leyes cósmicas que nos rigen alterara su equilibrada función. Pero no; no sentimos miedo ante el cuadro maravilloso alumbrado por el Sol, cuya luz no se difunde en la crestería salvaje desde la que se otea la lejanía llena de vida y de esplendor. Lejos de comunicar miedo, el Sol, padre de la vida, dios del universo comunica fe y esperanza.

Sentado en una roca me he puesto a pensar. Estas sinuosas, salvajes y bellas montañas recortadas en perfectas capas de sedimentación conservando asombrosamente su primitiva posición horizontal, estuvieron un día invadidas por las aguas del mar, en cuyas facies ha grabado su huella perenne como un grandioso calendario donde quedaron impresas las fechas de los siglos. Intentando robar sus secretos geológicos, las escenas terriblemente maravillosas que en estas peñas sucedieron en las remotas edades, he bosquejado un cuadro imaginativo: todo estaba envuelto en terrible sombra. Horribos bramidos del agua hirviendo elevaba a los sombríos espacios el eco de su trueno infernal y devastadoras trombas de ardientes gases que caían con frenético delirio cho-

caban en el líquido bullente formando un aquellare que, ni el más desastroso fenómeno natural conocido por el hombre puede darle una idea.

Por fin estaba consolidada la nebulosa y los procesos geológicos irrumpieron sucesivamente. Aquí dejó el mar sus sedimentos, estas rocas altivas que un día eran no más gases ardientes gravitando en una parte misteriosa del cosmos. El mar se retiró y volvió a abalanzarse hizo y deshizo emigrando por fin a otros parajes. Se arrugó la débil costra de la Tierra; eleváronse los montes y crecieron impulsados por los fenómenos de plegamiento tendientes a conservar el equilibrio de la figura de la Tierra y después el calor interno y los rayos del Sol consolidaron en la forma que hoy estoy contemplando. Pero antes el Sol trabó combate con las tinieblas rasgando siglo a siglo las negras cortinas de la atmósfera primitiva y alumbró estos picachos les infundió la vida que ha venido desarrollándose en diversas formas hasta nuestros días.

¡Oh, Sol! Tú volverás a cavar la tumba de estos montes, tú, que ayudado por tus fuerzas auxiliares fuiste su artífice. Antes de que penetres en la curva de tu declive, antes habrás modelado

de nuevo estos montes dándoles nuevas formas y, donde ahora se estrellan tus ardientes rayos en matices que recorren toda la gama de la luz, tal vez sea no más un infausto llano por el que cabalguen escalofriantes los caballos del Apocalipsis, o una sima cuya negrura paraliza el corazón, o una estéril estepa, o un alud de hielo corredizo.

Y cuando ya ¡oh, Sol!, viejo y decrepito, tus débiles fuerzas, tu luz y tu calor vayan extendiendo sobre la Tierra las sombras de la muerte, y los azules mares y los verdes ríos, espejos infinitos de tu omnipotencia sean como las cuencas vacías de un agran calavera, ¿hacia dónde tenderá su mirada implorante y desesperada la vida de tu sistema planetario? ¿Hacia la constelación de Hércules, donde nos arrastras a la velocidad de 20 kilómetros por segundo cruzando regiones de diferente densidad en millones de años? ¿Podrá acariciarse la esperanza de ver encendido de nuevo tu poder radiante y su transmisión a la Tierra? ¿Será acaso en la absorción de una nebulosa donde quedarás prendido de sus encantos?

CELTA LUZ

Barcelona, abril 1961.



## Manuales e intelectuales

«La derrota del movimiento obrero en Europa deriva en parte del hecho de que el mismo ha perdido su verdadera patria, aquélla que le devolvía fuerzas después de cada batalla perdida, la fe en la libertad. Igualmente, el confucionismo que domina a los intelectuales de Europa deriva del hecho de la doble mistificación, burguesa y seudorevolucionaria, que los ha separado de su única fuente de autenticidad, el trabajo y el sufrimiento de todos y los ha separado de sus aliados naturales, los trabajadores. Yo he reconocido siempre sólo dos aristocracias: la del trabajo y la de la inteligencia y ahora sé que es insensato y criminal someter la una a la otra; sé que ellas constituyen la única nobleza, que su verdad y su eficacia están en su unión; que separadas se dejarán someter por la fuerza de la barbarie y que unidas legislarán el mundo. Por eso, toda empresa que tienda a romper su solidaridad y separarlas, es una empresa dirigida contra el hombre y sus esperanzas más sublimes. El primer esfuerzo de una empresa dictatorial consiste en la esclavización simultánea del trabajo y de la cultura. Hay que reducir a silencio a ambos, pues de lo contrario, los tiranos lo saben bien, el uno hablará por el otro.»

(Pasa a la pág. 3345)

# La comida del hombre

por Costa ISCAR

**P**OR psicosis mística, iluminación religiosa o maceración estética, el hombre se enajena de su cuerpo para divagar en el ámbito de lo incongruente. No obstante, en todo tiempo y latitud, el hombre se desvive por los goces de su cuerpo y se despreocupa de su salud con tal de que su presente inmediato le dé sensaciones groseras o refinamientos rebuscados en su amor propio, quizá mal orientado en su perecedero complejo orgánico.

Ya que ni los médicos saben si es posible la «salud perfecta», el hombre sigue siendo un animal enfermo en un conglomerado monstruoso, que se denomina «civilización» y se rige por las ficciones, las «bellas mentiras» y el arsenal de drogas que, siendo intoxicantes, dan la sensación de una euforia loca.

*El hombre, paradoja viviente, el animal más desequilibrado en el desequilibrio general del torbellino cósmico. Por su cogitación intelectual presenta una sucesión de cuadros patológicos que no alcanzan a los demás bichos y bestias que con él conviven.*

*La selva inexplorada, en la que no ha podido aún plantar el hombre su destructor dominio, cuenta asimismo con sus trágicas luchas, silenciosas y frías, o rugientes y cálidas.*

*La cultura de las civilizaciones, que tanta sangre ha derramado, ha debilitado al hombre y lo ha hecho astuto, con premeditación y alevosía, para preservarse de otras fuerzas que lo acechan para aniquilarlo. Inventó la cirugía y la farmacopea y empleó lo cruento y después los analgésicos, los anestésicos, los desinfectantes, los reconstituyentes y las mágicas inyecciones que todo lo curan.*

La enfermedad endémica, epidémica o pandémica sufre la influencia de diversos factores individuales y sociales. Pero los naturistas han establecido el dogma de que «el origen de la mayor parte de las enfermedades reside en la alimentación carnívora y omnívora». Y hacen ascos ante todo alimento no frugívoro.

La inmensa mayoría, no pudiendo dominar sus inclinaciones sibaríticas, rinde culto a la cocina, a la bodega y al alambique. Además, sabe que sus excesos o vicios de glotonería pueden obtener paliativos en la medicina complaciente.

Ante la ingenua fe naturista se enfrenta la experiencia que afirma: «Todas las enfermedades y disturbios provienen en gran proporción de un sistema social inarmónico y atentatorio contra la razón individual y colectiva». El que no se acomoda al permanente fratricidio social ve con claridad las aglomeraciones ciudadanas, las iglesias, los cuarteles, las cárceles y los hospitales... Estos organismos, en que proliferan tantos parasitismos, caracterizan la civilización explotadora de los débiles y de los adaptados, que aniquila toda semilla de rebeldía libertaria con la voracidad autoritaria en que el hombre nace, crece y muere.

*La violación de las «Leyes Naturales», la tendencia fantástica de la felicidad y la perfección divina son*

*otros tantos mitos que consuelan al hombre de su permanente insatisfacción.*

*El hombre ha conseguido encauzar, de acuerdo con sus ambiciones e inquietudes sociales, las fuerzas de la naturaleza indiferente; sigue penetrando en lo incógnito mas no ha sido capaz de aplicar sus conocimientos al bienestar de la especie, sin excepciones de clases.*

*Esta digresión sirve para situar al naturista doctrinario, quien, en vez de identificarse con la madre tierra, prefiere pasearse sobre el asfalto urbano y teorizar acerca de los beneficios del naturismo de salón.*

*En sus actividades de hombre engranado en la sociedad parece olvidarse de que la selva no da los magníficos frutos, legumbres y verduras que se comercian para deleitar con sus colores, perfumes y gustos variados, tanto a los vegetarianos como a los omnívoros. Se producen todas estas delicias por la ciencia botánica y no por la generosa naturaleza agreste, y gracias al esfuerzo del agricultor y del esclavo de la tierra y con la ayuda permanente de los campos experimentales de agronomía. Así se crean las dulces fragancias campesinas, que han de pudrirse en los mercados y en el consumo de las grandes urbes.*

*No hay naturista «ciudadano» que se atreva a aventurarse solo en la selva virgen o apenas violada para recibir «los divinos dones de la amantísima madre tierra».... Con este ditirambo ensalzan los panteístas a la fuerza ciega y multiforme de la naturaleza, la que crea y derrocha infinitos gérmenes y se muestra tan pronto generosa como avara; a veces ofrece aspectos placenteros y otras encrespamientos de tempestad y cataclismo.*

El hombre medianamente razonable cuida su alimentación y acepta la sobriedad sin ascetismo. Cada uno puede dominar sus inclinaciones gastronómicas sin violentar demasiado su modo de ser, que son sus apetencias, sus ideas y sus costumbres de paladeo más o menos refinado.

El hombre doméstico ya no lucha por tierra y libertad. Se adapta a los apremios económicos de su clase social y pocas veces conoce los aullidos del hambre.

*El hambre siempre acecha a todo animal prolífico y el hombre no se libra de ese peligro. Siempre hubo pueblos hambrientos y clases ahitas que predicán la resignación a los que sufren. Causas naturales y causas sociales. Exceso de población, terrenos áridos, agricultura primitiva, comercialismo de los alimentos, escasez premeditada para mantener los precios de la explotación de todos los «señores», que sangran a los pueblos.*

*Se está viviendo un periodo de agotamiento dentro de la abundancia. Se imponen restricciones y la gente sin privilegios debe formar colas animalescas para conseguir lo necesario y obedecer las disposiciones de los magnates del mundo...*

*En estas circunstancias, predicar el naturismo con mesas frugales y agua fresca a multitudes famélicas y desesperadas es lo mismo que hacer discursos ante las arenas del desierto...*

(Continuará)

HAN  
RYNER

## El hombre y la obra

por Georges VIDAL

(Traducido del francés por V. Muñoz, miembro de la  
« Société des Amis de Han Ryner »)

(Continuación)

VI

## HAN RYNER Y LAS FILOSOFÍAS

HAN RYNER odia al dogmatismo tanto como a la religión, que no es otra cosa que la forma más estrecha y la concepción más rígida del dogmatismo.

«La verdad, escribe, imagen múltiple en las metamorfosis del capricho, el dogmático la ve como un sistema de bloques que sus manos creen agarrar. Luces flotantes y sombras que danzan, todo ese feliz derramamiento, se imagina poder disponerlo en un orden inmutable y asentarlo en una construcción de eternidad y de necesidad. Al oírlo, nunca deja tras él el menor desequilibrio, el más ligero estremecimiento, sino que su argamasa de lógica une sólidas piedras encima de las cuales discípulos y sucesores subirán sin peligro y edificarán aún.

»Sin esfuerzo, la crítica enseña que cualquiera de esas pretendidas piedras es sólo bruma o nada: símbolo lejano de la intangible e infalible Realidad o ensueño enfermizo y pesantez vacía de pesadilla. El pretensioso edificio ni siquiera tiene suficiente consistencia para derribarse; ninguna ruina yace en el lugar en donde se creyó edificarle y no impide que se intenten construir allí monumentos sucesivos; y el viento que, unos tras otros, se los lleva, no se carga tampoco con su recuerdo...» (17).

Este odio contra la rigidez y el principio es además cosa muy natural, cuando se sabe, como ya lo hemos dicho, que Han Ryner es el filósofo de la vida, de esta vida fluida y armoniosa que se hermana con la *stream of consciousness* del gran William James.

Y cuando se plantea el problema: ¿libertad o determinismo? Han Ryner responde: «Mirados de frente, los pretendidos argumentos retroceden, balbucean, acaban por mendigar humildemente al determinismo como un postulado de la ciencia; a la libertad, como un postulado de la acción. Yo quiero vivir armonioso y no me niego al saber: tentado estoy por armonizarlo todo en seguida, aquí como allí, sin preocuparme mucho por la contradicción. Aparente o real, insoluble o hecha de una bruma inconsistente, la contradicción, después de todo, se produce en las profundidades metafísicas, alegre dominio de las antinomias. Pronto yo sonrío, divertido: mi actitud contradictoria, sin que me dé cuenta de ella, es la de todos los

*Buscar en la metafísica la regla de la vida, es pedir al espejismo el agua que se quiere beber.*

hombres. Sus negaciones verbales están hechas de inconsciencia. Cada uno de sus gestos es un acto de fe al determinismo y en conjunto un himno a la libertad. Si el determinismo tuviera el rigor negativo que postulan ciertos sabios y que les parece necesario a la ciencia, he aquí que la misma ciencia no sería posible. Construir la ciencia, es accionar. Si de antemano todo es determinismo, también lo será la dirección de tu mirada, ¡oh, físico!, que sin embargo te propones observar tal fenómeno como si estuvieras enteramente libre de mirar hacia donde quisieras. Tu esfuerzo por estudiar el mundo afirma la libertad, exactamente en la misma medida que mi esfuerzo para conocerme a mí mismo. De la ley observada, extraes tú consecuencias industriales; pero haces un gesto tan libre como el mío cuando el conocimiento de mí ser, procuro yo que surja el perfeccionamiento y la armonía del mismo. Hasta tu misma aplicación por probar el determinismo es un desmentido a la omnipotencia del determinismo. Para convencerme, en lugar de dejar tus pensamientos en el desorden primero, henos ahora que, como un general que alinea a su ejército, tu voluntad los ordena según una lógica malhumorada. Toda tentativa de razonamiento contiene una afirmación de la libertad. Mediante el determinismo lógico — forma tal vez un poco basta de la libertad intelectual — escapas tú al determinismo psicológico que te imponía ideas dispersas, desarmadas e imprecisas. Así es que la ciencia, madre del determinismo, es hija de la libertad» (18).

Solución ésta elegante y que escapa a todo dogmatismo.

Han Ryner rechaza la noción de Deber con la misma vehemencia que empleaba en rechazar la idea de Dios. «Deber, exclama, ¿no serás un nombre austero y algo así como una sombra abstracta del fantasma divino? ¿Es que acaso Kant no te ha proclamado imperativo categórico, con el pensamiento oculto de descubrir detrás de tí al Dios cuyo Verbo eres tú? Sea como fuere, eres el nombre de un amo, y yo no quiero amos. Obedecer es siempre fealdad y cobardía. Atrás, las morales con trabas; atrás todos los servilismos...» (19).

Cuando se pronuncia sobre la Lógica, Han Ryner es severo, pero justo. «La lógica, escribe, es posiblemente menos el arte de pensar que el arte de hablar. La lógica es un capítulo de la estética. Enseña los medios para crear esa clase de belleza que llamamos unidad. Permite ver de una ojeada a los pensamientos que, sin ella, seguirían siendo

lejanos y sucesivos. Sabe de los felices puntos de vista que reúnen el detalle del paisaje y disminuyen las distancias aparentes. Algunos ingenuos creen que las distancias reales han disminuido, y caminan...

»La lógica obtiene éxitos oratorios, pedagógicos y mnemotécnicos. Las perlas con las cuales hace el collar que sostengo con mi mano, sin dejarlas escapar, fueron a menudo arrancadas en los corales de las mares más diversas.

»Respeto a la lógica: se me ha dicho que debía respetar a la religión de las gentes y la lógica es la última religión de muchos. Además, el lazo es visible y es cierto que los granos están juntos; demasiados espíritus me despreciarían si osara creer que el lazo no es tan antiguo como los granos y que la aproximación es obra humana.

»Cuando alguien quiere demostrar, no le dejo ver que yo sonrío.

»Cuando alguien cree demostrar, no le confieso que desconfío de él» (20).

Lo que no impide que Han Ryner reconozca los servicios que la lógica hace a los sabios de hoy. «Les conduce a hipótesis que verifican con cuidado, y que lealmente rechazan tres veces por cuatro». Pero el filósofo se da cuenta de que: «En otros tiempos les conducía hacia afirmaciones contra las cuales la experiencia en vano gritaba su falsedad». Entonces...

En cuanto a la metafísica, Han Ryner no titubea: «Buscar en la metafísica la regla de la vida, es pedir al espejismo el agua que se quiere beber. Es modelar la vida encima del sueño y transformar la conducta humana en no sé ya qué especie de sonambulismo. Es querer modelar y tapiar las piedras del refugio indispensable encima del incierto flotamiento de una nube» (21).

Lo que de ningún modo impide a Han Ryner, a veces, el saborear las metafísicas como se saborea la poesía diversa de un sueño o de un mundo de hadas.

Es interesante decir al terminar este capítulo, qué sabios y filósofos ama particularmente Han Ryner.

¿Sócrates? Si, Han Ryner ama al verdadero Sócrates, pues: «No enseñaba una verdad exterior a los que le escuchaban, sino que les enseñaba a que encontraran la verdad en ellos mismos. Murió condenado por la ley y por los jueces, asesinado por la Ciudad, mártir del individualismo».

¿Epicuro? También. «Bajo su elegancia indolente, fué un héroe... Liberó a sus discípulos del temor de los dioses o de Dios, que es el principio de la locura... Su gran virtud fué la temperancia. Sabía distinguir entre las necesidades naturales y las imaginarias. Enseñaba que basta muy poca cosa para satisfacer el hambre y aplacar la sed, para defenderse contra el calor y el frío. Y de este

modo se liberaba de todas las otras necesidades, es decir, de casi todos los deseos y de casi todos los temores que esclavizan a los hombres. Murió de una larga y dolorosa enfermedad diciendo que gozaba de una felicidad perfecta... Más tarde, discípulos infieles cubrieron su doctrina con sus vicios, como se esconde una úlcera bajo un manto robado».

No es necesario que de nuevo mencionemos lo que de Jesús piensa Han Ryner.

También Epicteto es querido al filósofo. «El estoico Epicteto soportó valerosamente la pobreza y la esclavitud. Fué perfectamente feliz en las situaciones más penosas a los hombres ordinarios. Su discípulo Arriano ha recogido algunas de sus palabras en un pequeño libro titulado el *Manual de Epicteto*. Su nobleza precisa y sin desfallecimiento, su sencillez exenta de todo charlatanismo, hacen que para mí sea más precioso que los Evangelios. El *Manual de Epicteto* es el más hermoso y liberador de todos los libros» (22).

Y Han Ryner no olvida, entre los que ama, a Antístenes, Diógenes, Zenón de Citium, etc., y más tarde a La Boétie. A algunos, por el contrario, los desenmascara, como a Montaigne, «egoísta cobarde» y no un individualista verdadero, y a otros que le parecen «egoístas conquistadores y agresivos», como Stendhal y Nietzsche.

Citemos aún dos juicios más, uno sobre Descartes: «Descartes fué un individualista intelectual. No fué bastante netamente un individualista moral. Su verdadera moral parece haber sido estoica. Pero no se atrevió a hacerla pública. Hizo conocer solamente una «moral provisoria» en la cual se recomienda obedecer a las leyes y costumbres de su país, que es lo contrario del individualismo. Y parece que en otras circunstancias ha carecido del valor filosófico».

El segundo juicio es sobre Spinoza: «La vida de Spinoza fué admirable. Vivía sobriamente, con algunos granos de harina de trigo mondada y un poco de sopa con leche. Rechazando cátedras que se le ofrecían, ganó siempre su existencia mediante un trabajo manual. Su doctrina moral es un misticismo estoico. Pero, demasiado exclusivamente intelectual, profesa una extraña política absolutista y no se reserva contra el poder más que la libertad de pensar. Su nombre hace pensar además en una gran potencia metafísica más que en un gran belleza moral».

17.—Les Paraboles cyniques, prefacio.

18.—Le Subjetivisme, págs. 31-33.

19.—Idem, p. 48.

20.—Idem, págs. 11-12.

21.—Idem, p. 28.

22.—Du Petit Manuel Individualiste, págs. 315. Próximo artículo: «H. Ryner y las fuerzas malas de la Sociedad».



## VIII

Hay, pues, una tenaz resistencia en el ente judío a la asimilación. Como hemos visto, desde la más remota antigüedad tienden a formar comunidades con marcado distintivo religioso-racial. H. G. Wells sostiene que después de la diáspora las comunidades judías esparcidas por el mundo eran demográficamente más importantes que el foco permanente de Palestina. Las relaciones, incluso solidarias, de estos emigrados o desterrados con la Meca judaica no fueron jamás echadas en olvido. Las trágicas tribulaciones de la historia de este pueblo le hace alérgico a una religiosidad concentrada y a una forma de vivir hermética. No hay que darle vueltas, la comunidad religiosa-racial judía es la anttesisala del ghetto. El criptojudaismo ha sido petrificado por la mística religiosa, y ésta ha sido cada vez más endurecida por la hostilidad exterior. ¿Qué fué primero, el huevo o la gallina?

No hay más que evocar los kahalés o alhamas de la Edad Media para darse cuenta de este callejón sin salida. Valeriu Marcu, en su obra citada, nos ofrece ejemplos luminosos: «Los elementos estacionarios del judaísmo, los lazos de su alma que desde hacia milenios les hacían posible el existir, se concretaron en el rabinismo, se petrificaron en él. Estos son los bastiones del hebraísmo, tan áridos como resisten-tes». Y sigue: «Por su ritual y su culto los judíos siempre propenden a formar ghetto. Diez judíos con un recitador y sus preceptos dietéticos constituyen ya el núcleo de la comunidad». El mismo Talmud es menos un libro de oraciones que una enciclopedia que le marca al judío los quehaceres de su vida: forma de vivir, elementos de instrucción para las profesiones y negocios, contabilidad, preceptos morales ortodoxos, alimentación, etc. El ghetto forma, pues, una nación, casi una satrapía bajo la autoridad suprema del rabino. Véase a grandes rasgos lo que era la judería en España en los siglos XIV y XV.

Se hallaba enclavado en la parte interior de la muralla de la ciudad. Las calles estaban cerradas por puertas allí donde empezaba la judería. Administrativamente hablando ésta era una especie de ciudad autónoma dentro del recinto

obispos y magnates. Al parecer el mediador fué el conde Don Julian, que aparece como traidor de lesa patria en el romancero patriótico. Witiza ha sido el blanco de las iras del clero tradicional y de los historiadores palaciegos. Estos especulan con sus crímenes (si exceptuamos a Wamba, ¿que rey godo no ha sido un monstruo?), pues hizo arrancar los ojos al hijo de Teodofredo y dió muerte a Fávila, duque de Cantabria. El ensañamiento de la Iglesia también se comprende. El mismo Lafuente afirma que Witiza se malquistó con los obispos por su intransigencia frente a las pretensiones absorcionistas de la Santa Sede, uno de cuyos enviados despachó a cajas destempladas. Por otra parte Witiza estableció medidas clementes para con la grey judaica.

Por nuestra parte hemos de decir que no es la primera vez que se producen en España invasiones, en todos los tiempos de su agitada historia, con complicidades interiores. Los cartagineses llegaron a España llamados por los fenicios en momentos difíciles de sus relaciones con los nativos. Los bizantinos fueron requeridos por Atanagildo para derribar a Agila. Los almorávides fueron solicitados por los reinos de taifas, y así los almohades y los benemerines. Más hacia nuestros días Godoy pidió auxilio a los franceses. En época de triste recuerdo el general Franco rogó a italianos y alemanes que viniesen a socorrerle de los republicanos, y éstos apelaron a los rusos para restablecer el equilibrio militar. En todos estos casos los auxiliares se impusieron a los auxiliados. A Franco le salvó la derrota nazi de 1944.

## VI

La persecución antijudía empieza a sistematizarse desde el siglo XIII. Obsérvese que es el siglo de predominio de las armas cristianas. La conveniencia de utilizar la sabiduría y pericia judía había puesto tregua a la intolerancia. Los judíos, como buenos judíos, se aprovecharon de la tregua entrecuchándose y ganando posiciones en el aparato del Estado, en el comercio y en la usura.

El cliché típico de Alfonso el Sabio, benefactor de los judíos, tiene su negativo. No supo este rey dar carpetazo a los acuerdos del IV Concilio de Letrán (1215) que prohíbe a los judíos predicar públicamente sus doctrinas, reunirse el viernes santo y abandonar dicho día sus casas y juderías. Les impuso también el tributo que exigían todas las iglesias del orbe. Los treinta dineros herencia de la traición de Judas, que debía pagar todo judío desde la edad de diez años. Prohibióles, además, la convivencia con los cristianos y tener a éstos por domésticos. Los israelitas estaban obligados a llevar una marca de su condición racial visible que permitiera identificarles en el acto (Alfonso Torres de Castilla: obra citada).

Desde el siglo XIV la intolerancia subió de tono no obstante una cierta condescendencia a la tradición isidoriana. En esta tendencia militaba fray Vicente Ferrer a quien se atribuye la conversión de cuatro mil judíos mediante predicaciones en Toledo. Ya hablaremos de estos conversos. Estaban de moda entonces las controversias con fines proselitistas. Algunas eran públicas y en ellas contendían rabinos y prelados de la Iglesia mano a mano. Una de las más famosas abrióse en Tortosa el 7 de febrero de 1413 bajo la presidencia de nuestro antipapa Benedicto XIII. Abarcó 69 sesiones y se prolongó durante 21 meses. Parece que se convirtieron a resultados de ella varios rabinos. Otros se mantuvieron tercamente en sus posiciones. El buen resultado fué probatorio, no obstante, los cristianos se envalentonaron con sus triunfos y exacerbaron más y más la pasión antijudía. La explicación es que se vislumbraba entonces un fin victorioso en la guerra secular contra el último reducto musulmán. Razón por la cual lo ocurrido seguidamente no puede ya situarse en la línea isidoriana y ferreriana.

En mayo de 1415 el mismo Benedicto XIII expidió una bula

gel, genio de las finanzas de los reyes católicos y verdadero paladín de la empresa de Cristóbal Colón. Este, según los historiadores modernos, sería una especie de sefardi catalán, como fué de descendencia española el gran filósofo Spinoza.

Es pues incuestionable que al margen de los conversos se había operado una fusión importantísima entre ambas razas. Catorce siglos de permanencia judía en España no se amilan con la facilidad de un plumazo. Los apellidos topónimos, artesanales y muy sonoros de catolicismo ortodoxo son sospechosos de judaísmo. Ferrer y Albo (Alba después) llamábanse dos de los judíos que no dieron su brazo a torcer en la gran controversia medioeval de Tortosa. Jerónimo de Santa Fe, autor del «Azote de los judíos», llamábase antes de la conversión Josué de Lorca. Pablo de Santamaría, que fué después obispo, había sido rabino y talmudista del kahal de Burgos. Por otra parte hay una huella más indeleble. Según Madariaga esta huella está en todas las disciplinas españolas, en lo civil, político, religioso, científico «repletas de hechos y nombres judíos». Una autoridad española en temas hebraicos sostiene que no se puede escribir la historia de España en ningún aspecto sin contar con los judíos.

Pero queda el hecho de una amputación del cuerpo español por fracaso de un proceso de asimilación. Y, sin embargo, España es un excelente asimilador de cuerpos extraños. Compuesta de un muestrario de elementos raciales, sin contar las innumerables inmigraciones menores, hay que confesar que no se plantearon en ella problemas de incompatibilidad racial sino políticas y religiosas. Los invasores, militares o pacíficos, fueron asimilados desde la segunda generación (Séneca, Averroes, Maimónides) o asimiláronse los españoles las maneras de los advenedizos, caso de los morárabes. Otro aspecto interesante del problema es la gran flexibilidad del español ante los invasores de procedencia oriental. Los romanos tardaron siglos en someterlos: los árabes conquistaron a España en unos pocos años, diez o doce.

que en lenguaje moderno podríamos calificar de «ultimatum». Se prohibía enseñar en público y en privado las doctrinas del Talmud, y se ordenaba recoger en el término de un mes todo texto sagrado de este mismo género. Los infractores serían castigados con toda severidad. Ningún judío podría ejercer cargo de juez ni siquiera entre los de su raza. Donde hubiese varias sinagogas debía subsistir una sola, «a condición de que no sea lujosa». La que se probase que antes había sido iglesia debía desaparecer pura y simplemente. Ningún judío podía ser médico, cirujano, boticario, droguero, comerciante o empleado público. Las judías no podían ser comadronas ni maestras de niños cristianos. Debían vivir en barrios reservados y llevar una divisa distintiva, los hombres en la frente, las mujeres en el pecho. A partir de los 12 años de edad se obligaría a todo judío a escuchar los sermones llamados a persuadirlos de la venida al mundo del verdadero mesías (Jesucristo) y de los errores y herejías contenidos en el Talmud, etc.

Resultado de esta declaración de guerra fué una serie de conversiones, añadidas a otras producidas anteriormente cuyos resultados veremos. Una parte de conversos aceptó el bautismo para preservar su hacienda, su posición social y salvar su vida. Es natural que siguieran practicando clandestinamente los ritos de sus mayores. Confirmada la deslealtad religiosa el clero y los frailes intolerantes extremaron su celo. Así quedó abierto en España el negro capítulo de la que llamariase «nueva Inquisición». Otros conversos tomaron tan a pecho su nueva religión que constituyeron terribles flagelos contra sus hermanos de raza desleales o relapsos. Véase una breve muestra biográfica:

Jerónimo de Santa Fe (antes Josué de Lorca). Fué amigo íntimo del papa Luna (Benedicto XIII). Tuvo una actuación destacada en las controversias de Tortosa del lado de los obispos. Después de su conversión escribió un libro: «Azote de los judíos», que fué un verdadero azote en manos de todo antisemita. Alonso de Espina, famoso talmudista renegado de la fe de Moisés. Pedía más que la conversión de los judíos su exterminio. Propuso al papa que el que matase un judío fuese eximido de pecado. Fué miembro del Consejo Supremo de la Inquisición antes que Torquemada (éste de sangre judía) y predicó desde el púlpito el exterminio por el fuego de todo asomo de herejía. Pablo de Santamaría (convertido por San Vicente Ferrer). Pasó de rabino del ghetto de Burgos a obispo de la misma ciudad mediante meritorios servicios a la fe católica. Recabó graves ordenanzas antiebraicas y se convirtió en tronco de una brillante dinastía eclesiástica. Varios de sus vástagos fueron purpurados e inquisidores. Y así por el estilo. Salomón de Mont-

## VII

No se sabe exactamente el número de judíos expatriados en aquella triste fecha. Las estimaciones oscilan entre 210 mil y medio millón. De esos expatriados descienden los sefarditas del Este de Europa y Norte de África, que a pesar de los años siguen conservando con amor el idioma castellano.

Enrique Tomás Buckle («Historia de la civilización española», Londres, 1861, confiesa su impotencia para desenmarañar el enigma. «No he podido encontrar —dice— una exacta noticia del número de judíos expulsados, puesto que unos suponen que fueron 160 mil y otros los elevan a 800 mil». El mismo recoge una cita de Dávila, de su «Vida de Felipe II», que reza así: «Y es digno de poner en consideración el celo que lo sreyes de España tuvieron en todo tiempo de sustentar la fe católica, pues en diferentes expulsiones que han hecho han sacado de sus reinos tres millones de moros y dos millones de judíos, enemigos de nuestra Iglesia. El mismo Prescott («Historia del reino de los reyes católicos», cita de Buckle) cifra el número de los judíos españoles en la época de su expulsión en un diez por ciento de la población total. ¿A cuánto montaba esta población total? Gonzalo de Reparaz («Nuestra casa solariega», Valencia, 1930) dice que la población de España era en los tiempos de los reyes católicos de ocho millones y medio de habitantes. Lo que daría 850 mil judíos. Pero el problema queda en el aire. ¿Cuántos de éstos rechazaron el bautismo y optaron por el destierro?

Nadie es capaz de explicarnos exactamente la cantidad de judíos expulsados y los incorporados a la nación española por traumático procedimiento. No se pueden, pues, arriesgar cifras pero sí llegar a conclusiones razonables. Sabemos que gran cantidad de judíos se habían enquistado en los altos puestos de la administración y que habían mezclado su sangre por el matrimonio con la de los cristianos. El impacto mayor lo recibió la nobleza. En Aragón la mezcla tomó proporciones vastísimas. El complot urdido contra el inquisidor Pedro Arbúes (1485) fué incubado en la nobleza zaragozana. Complicados con aquel acto justiciero estuvieron los Santangel, parientes próximos del valenciano Santán-

pellier, rabino de la misma ciudad, escribió al tribunal que juzgaba a los albigenses: «Si extirpáis a vuestros herejes extirpad juntamente con ellos a los nuestros».

La Inquisición había sido implantada a principios del siglo XIII en el reino de Aragón como repercusión de la cruzada desencadenada por Inocencio IV (1248) contra la secta albigense del sur de Francia. La Nueva Inquisición, instalada por auto real y bulas de los papas en el siglo XIV iba encaminada a perseguir la herejía (deslealtad) de los relajados y gran inquisidor nombrado por Sixto IV, estableció las primeras instituciones en 1488 (Altamira: «Manual de Historia de España»).

Frailes manicomiales hostigaban la superstición del populacho contra los falsos conversos, ya denunciando sus infidelidades, ya presentándoles como hechiceros, ya como asesinos de niños cristianos. Alternábanse los autos de fe con las masacres de juderías. A veces los pogroms tenían por objeto la codicia del oro judío. El supuesto sacrificio ritual de niños cristianos dio lugar a procesos espectaculares. El más famoso llevó a la hoguera, en Avila, a varios miembros de la dinastía judía de los Franco. Perseguidos estas campañas mover a los reyes católicos a expulsar del territorio a los judíos no convertidos. El objetivo fué finalmente logrado el 31 de marzo de 1492, fecha del decreto de expulsión que puso a todos los judíos reacios al bautismo ante el terrible espectro del éxodo. He aquí el funesto decreto:

«Vosotros sabéis y debéis saber que, como fuimos informados que en nuestros reinos hay y habrá algunos malos cristianos, ordenamos en las Cortes, que reunimos en la ciudad de Toledo el año pasado de 1489, separar los judíos en todas las ciudades, villas y lugares de nuestros territorios y señoríos, dándoles «juderías» y lugares reservados donde podrían vivir en su pecado, a fin de que en su retiro se arrepintiesen, y además hemos decidido y dado orden, como hacia la Inquisición en nuestros reinos y señoríos, la cual, como vos sabéis, desde hace doce años está instituida y que funciona, ha encontrado gran número de culpables, como es notorio, y de lo que estamos informados por muchos inquisidores y personas piadosas, eclesiásticas y seglares: es manifiesto y parece que es muy grande el daño que sufren y han sufrido los cristianos, por las relaciones, conversaciones y comunicaciones que han tenido y tienen todavía con los judíos, los cuales se jactan de los esfuerzos que hacen siempre por todas las vías y medios que están a su alcance para apartar a los cristianos de nuestra Santa Fe Católica... Y a fin de que dichos judíos durante el dicho tiempo, hasta el fin de julio, puedan disponer lo que mejor

les convenga respecto a sus bienes y haciendas, por la presente les tomamos y recibimos bajo nuestro amparo y protección y defensa real: y aseguramos ellos y sus bienes, a fin que durante el dicho tiempo hasta el dicho día, fin del dicho mes de julio, puedan ir y estar en toda seguridad, a fin de que puedan vender, cambiar y enajenar todos sus bienes muebles, y que durante el dicho tiempo no se les haga mal alguno, ni perjuicio, ni ofensa en sus personas ni en sus bienes, contra la injusticia, bajo las penas en que incurran los que violen nuestra protección real. Y de la misma manera damos licencia y permiso a los dichos judíos y judías para hacer salir de nuestros reinos y señoríos todos los bienes que posean por mar y por tierra, siempre que no sean de oro, ni plata, ni moneda acuñada, ni otras cosas prohibidas por las leyes de nuestros reinos...» (Alfonso Torres de Castilla: «Historia de las persecuciones».)

Véase este hecho. En el intervalo de la publicación de este decreto y la fecha tope de su entrada en vigor, cuatro meses, los judíos estaban facultados para vender, cambiar y enajenar todos sus bienes muebles, cuyo provecho podían sacar con ellos, siempre que no fuera oro ni plata ni moneda acuñada. Lo que quiere decir que podían vender sus bienes pero no podían llevar consigo el producto de la venta. Por otra parte, los cristianos, que entre otras acusaciones tenían a los judíos por avaros y especuladores, no quisieron entrar en tratos con los vendedores hasta última hora, pues sabían que esperando hasta esta hora crítica comprarían dichas haciendas casi por nada. Y así fué en efecto. Los expulsados tuvieron que vender una casa por un burro y unas viñas por unas varas de paño. ¿Quiénes eran más «judíos», los que se iban o los que quedaban?

Lo que fué el viacrucis de este éxodo: largas columnas de seres humanos cruzando el territorio español hacia los puertos y fronteras, con sus alaridos y sollozos, cayendo aquí y levantándose allá, muriendo y naciendo por el camino, los asaltos que sufrieron en su trágica peregrinación y travestidos, acosados por los bandidos y los piratas berberiscos, lo sasesinatos seguidos de robo, ha sido narrado con más competencia y fidelidad por plumas más hábiles que la mía. Prescott, por ejemplo, ha hecho este comentario: «Es por consecuencia inverosímil que una parte tan considerable de la nación, notable además por sus riquezas y por su ilustración, fuera estimada en tan poco (...) o que el gobierno español, en fin, se decidiera a tomar una determinación tan atrevida, como era el desierro de clase tan opulenta, y esto con tan pocas precauciones, al menos en apariencia, cual si se hubiese tratado de arrojar del país a una horda errante de gitanos».

# MEDIOCRACIA Y ARTISTOCRACIA

**D**OS humanidades hay: la humanidad cobarde y estúpida que marcha encorvada hacia la tierra, y la humanidad que levanta su frente hacia las cúspides... Hay que situarse en pro o en contra de la belleza. Por la belleza están todos los espíritus libres; contra ella están todos los esclavos. No de otra manera se debe dividir diferentemente a la humanidad, después de los clanes, las castas, las clases fronterizas que las políticas y las morales tienen interés en mantener. No hay en verdad « clases » en la humanidad; nada prueban todas las distinciones. Las sociedades jerarquizadas y etiquetadas, son invenciones absurdas. Existen hombres que están por la belleza y hombres que están en contra de la belleza. Tal es la única distinción que importa establecer entre ellos. De ella procede el resto.

El pensamieto que la belleza ha metamorfoseado concibe la vida ampliamente. Rechaza las clasificaciones que mutilan a la vida, a las categorías arbitrarias que restringen su impulso. Si hay un hombre verdaderamente superior — semejante sin embargo a los otros hombres —, es porque lejos de él ha rechazado el fardo de los prejuicios y de las fealdades. La humanidad que no piensa se embrutece en las alegrías inferiores del egoísmo, es diferente a la humanidad que crea su vida de belleza, siendo ambas dos mundos inconciliables. Sin embargo, existen lado a lado, lo que no impide que la distancia se vea más clara. La humanidad que habita los bajos fondos y la que asciende lentamente hacia las cimas no se parecen. Una y otra siguen su destino, y atañe a cada uno de nosotros el decidirse por la una o por la otra. A cada uno atañe el ser un hombre libre o el ser un esclavo. La casualidad nos ha hecho surgir en el seno de una humanidad inferior: tratemos de salir de ella. Rompamos con la tradición de la impotencia y la moral de los mediocres. Rompamos con el arte estúpido de las academias. Rompamos con el diletantismo abyecto y el espíritu sectario. Rompamos con la fealdad estúpida que, bajo todas las formas y con mil rostros, irónicamente nos llama. Está ahí, preparando en la sombra sus golpes, disfrazándose con mil máscaras para mejor cautivarnos, tiene su habilidad y su cinismo. Nunca se cansa de destruir, de desorganizar, de sabotear la vida y el pensamiento. Es todopoderoso y sus triunfos son ruidosos. Es despiadada y no perdona a quien se niega a responder a sus pedidos. No, jamás se lo perdona. El amontonamiento de las fealdades que se halla en la vida es la obra de las vidas inferiores que el espíritu crítico no domina, que dominan solamente lo superfluo y la intriga. Tales vidas son un insulto al progreso, al arte y a la misma vida. Representan la inacción y la impotencia; destru-

yen, pretendiendo conservar lo que existe, pues sólo retienen los residuos de la tradición y de la evolución; lo que posee un sentido vivo y positivo es por ellas despreciado y condenado. Siempre habrá pensamientos ávidos de armonía y de belleza para volverse hacia las cimas; para aniquilar la obra de la impotencia, para realizar sus vidas y las que las circundan; siempre existirán conciencias abnegadas a la causa de la verdad para sacar de la barbarie a la civilización. La sabiduría que impregna ciertos pensamientos los preserva de la mentira y del error; fieles a la razón, saben disciplinar sus sentimientos y sus actos, son siempre la expresión de la verdad interior que los inspira. Por eso tenemos el deber de volvernos del lado de los sabios y no del de los mediocres, cuyos consejos perversos pueden perdernos, mientras que el ejemplo de los sabios es para nosotros un aliento precioso. Pues son los elegidos de la vida entre los hombres; sólo ellos han llegado a las cúspides luminosas en donde no existe mentira ni equívoco.

El ideal de la mediocracia, es la fealdad; el ideal de la artistocracia, es la belleza. La vida está hecha de servilismo y heroísmo, de cobardía y de entusiasmo. Sin cesar la muerte se mezcla con la vida y la falsifica.

Los seres más libres, los seres más nobles son los más hermosos. Los individuos que aspiran a la independencia absoluta, que quieren vivir su sueño de armonía y de luz, son los más hermosos. Los seres en que todos los pensamientos, en que todos los movimientos tienden a la realización de una humanidad superior, y poseen bastante independencia para vivir por encima de los prejuicios, pasando por encima de las morales caducas y de los preceptos estúpidos de la impotencia y la tontería, son los más hermosos. La belleza habita en el corazón e irradia en la inteligencia. La belleza no es un mito, es una realidad. Expresa al ser liberado de todo dogma, amo solo de su destino, creando su vida armoniosamente tal como la concibe, llegando a equilibrar todas las pasiones y todas las ideas, y a rejuvenecerse, a renovarse por su acción incesante, por su búsqueda de lo imprevisto, por su reflexión sobre toda cosa, por su interpretación nueva y osada de las formas más diversas y más completas de la vida, esta vida misma, los sentimientos e ideas que inspira a los hombres, su concepto de la piedad, la bondad, el amor y la justicia. Siempre crear de lo nuevo mediante el pensamiento y la acción, sacar de la vida los elementos que la modifiquen sin alterar su sentido profundo, sino con el fin de revelarla a todos, tal es la tarea del escritor y del artista. Mientras que la masa amorfa y cobarde no sospecha la existencia de una vida más rica y más bella, sin ningún punto de contacto con la vida in-

# El afilador de Trives

por PUYOL

**A**L sentir la voz del afilador, la vieja criada de la casa corre a la ventana. ¡Eh...! Comprende el afilador que van a darle trabajo: pone a sombra de balcones la rueda, se limpia el sudor, que es mucho el calor que hace, y aguarda.

Mozo entre los veinticinco y los treinta años, ni rubio ni moreno, entreverado, más alto que bajo, prieto de carnes, un dorado bigotillo, que es a la boca grande lo que la tilde a la eñe: en la cabeza, un cabezo de fieltro con mucha mugre y profundas troneras: calzones de pana acuchillados: gruesos botancos... Se le da que es hombre de leguas.

La vieja sirvienta desea afilar los útiles cortantes de cocina: tres o cuatro herramientas.

—Puédese, sí, señora.

Planta un zapatón en el pedal y el queso de piedra comienza a dar vueltas. Miriadas de chispas lanza el queso girando. Por veces, el afilador introduce la pieza en un bote con agua y pasa a probarla. Los útiles afilados quedan como nuevos. Va con el cuchillo corvo de capolar y aún quedan unas grandes tijeras.

Este hombre salió de Galicia

dos años ha con la rueda a hombros. Ha comido pan de muchas tahonas, pernoctó en no pocos paradores, le azotó el sol, le reseco el polvo de los caminos, le ladraron los canes, le aventaron las tormentas, le caló la lluvia, amoló cuchillos y tijeras en diversas partes... Habla del Bierzo y de Tierra de Campos, y de que, enfermando en la de Burgos, hubo de hospitalizarse en Briviesca. Otro encarecería el trabajo elevando la tarifa a tenor de sus duelos: él, no. Le gustan los pueblos de cabe al Ebro por la abundancia rayana en el derroche, teniendo a sus habitantes por indios.

—Diga usted: ¿Su tierra por dónde cae?



—¿Miña terra?... ¡Oh miña terra...!

Hasta el momento de formular esta pregunta la vieja, tal vez el afilador no paró mientes en lo distante que está de aquí Puebla de Trives, y hablando para sí en barallete, que es el lenguaje de los afiladores, acorta la distancia con esta expresión en gallego:

—Lejiños... lejiños...

Los amoladores son gallegos, los castradores extremeños, los apañacuencos, averigüelo Vargas, los saltimbanquis, los gitanos o egipcíacos de la carretera, los algemifaos o merceros de los atajos, los feriantes de todas partes.

Hecho el trabajo, el afilador empuja la rueda, que va dando saltos por la calle pedregullada.

—¡Afilar cuchillos y tixeiras!

Ahora es el esquilador quien le toma la voz y le proporciona faena. Gira otra vez el queso lanzando miadadas de chispas. No se sabe si afilan o sierran: parece como si cantara la cigarra. Después la rueda va dando tumbos por el empedrado.

Ya no se ve al hombre que con su «lejiños, lejiños», menos que lejos acortó la distancia entre la región del Ebro y la de Galicia.

consciente y vegetativa, que nos ofrece como espectáculo, quien la belleza ha revelado a sí mismo revelándole el sentido de la vida, no tiene más que un deseo: el deseo de expresarse en una obra digna de la vida, de proclamar a los cuatro vientos su amor por la vida de dejar algo tras él que atestiguará indefinidamente que no pensó con el rebaño. Yo descubro en la vida de arte el testimonio de los individuos que han pasado por la vida comprendiéndola y amándola, el testimonio de su pensamiento, la prueba de su heroísmo y de su acción; en ese gesto individual que es arte, veo en la inmensa muchedumbre de los anónimos, encontrar su castigo o su recompensa: es toda la humanidad, fijada o retenida, en sus diversos espec-

tos, a horas diferentes; son las razas enteras de hombres magnificados y eternizados por algunos (1).

GERARD DE LACAZE-DUTHIERS

(Trad. V. Muñoz).

(1) La aristocracia (no vaya a confundirse como a menudo ligeros copistas han hecho, con el vocablo aristocracia) fué un vocablo creado por el autor, para indicar la preponderancia artística de la belleza por encima de la mediocridad ambiental, tan bien radiografiada, además, por ese libro capital que se rotula «El hombre mediocre», de José Ingenieros. — N. del T.

# LA VIDA Y LOS LIBROS

## "Pancho Villa"

por P. FOIX

PANCHO VILLA

*«Entre vivir agachado a la tierra en provecho del prójimo, llevando una vida miserable, y los peligros de la montaña, es preferible burlar la justicia de los ricos, echarse al monte y responder a la guerra con la guerra.»*

**S**I «La vida y los libros» ha de ser una rúbrica en la que el tema desarrollado guarde relación con éstos y aquélla, raro libro se encontrará más adecuado para ello porque el «Pancho Villa» de Pere Foix es todo un libro en el que el autor ha estampado, con léxico muy lozano y vigoroso, toda una vida. Una vida plena, desinteresada, apasionadamente llevada, heroicamente defendida y gloriosamente terminada. Así es la que responde al nombre célebre de Francisco Villa, el Bandolero Divino, el Centauro del Norte, a cuyo alrededor giran cual planeta humano, Madero, Huertas, Porfirio Díaz, Carranza, sin olvidar toda una «recua de generales», uno de los cuales terminará asesinandolo como si se tratase de un perro.

Hay en Pancho Villa mucho de Don Quijote — fué un «vengador de agravios» — y mucho de aquellos bandidos de Sierra Morena, que salían a robar a los ricos al grito de ¡Alto ladrones! Mucho hay en Villa de un Enpecinado y de un Durruti. Su violencia aun en los momentos de arrebató no deja de ir, salvo escasas veces, revestida de cierta grandeza. Su ambición no le permitía la quietud, su generosidad impedía que dicha ambición fuese interesada. Por otra parte, si Zaragoza tuvo en Lanuza su Justicia titulado, México lo tuvo en Villa de hecho.

### LA PERSONALIDAD

El que de niño se llamó Doroteo Arango y después trocó su nombre por el de Pancho Villa — en honor a uno de sus más aguerridos amigos muerto en la pelea — hizo de su obligación, del cumplimiento de su obligación, una divinidad. Fiel incondicional de Madero, pero no fué lacayo de nadie. Fué fiel y leal con sus amistades mientras éstas trabajaban para el pueblo. Muchos le fueron traidores, ora unos, ora otros, pero no se conoce en él ni la idea de traicionar a nadie. A falta de instrucción y de palabras, convencia a las gentes con los hechos. Luchó tanto que no tenía tiempo para hablar. Su actitud es en este aspecto muy similar a la de Malatesta, quien al ser requerido para que escribiera sobre lo que sería la revolución social, contestó: «Hágamola, después ya la escribiremos.» Nos dice Pere Foix que cuando Doroteo Arango conoció a Francisco Villa, éste tenía 35 años, el muchacho iba por los 20. Ambos eran el «terror de los propietarios, de los mayordomos, de los prefectos y de los jefes políticos, pero también la felicidad de los labriegos». En una de las refriegas con los rurales, Francisco Villa muere y ante su cadáver Doroteo promete seguir su camino con fidelidad hasta acabar con los tiranos. Y en este juramento funda-

mentó su personalidad combatiente, personalidad que habría de arreciarse y ampliarse en todos los conceptos con la idea puesta en el bienestar general. Sus enemigos inventan las mil calumnias, una de ellas, en cuya ocasión se supo portar con entereza y con nobleza, tuvo por origen las relaciones sexuales entre un cura y una muchacha de 15 años, culpando de la preñez a nuestro héroe. Enterado de todo Pancho Villa llamó al cura y a la muchacha y su única venganza fué el casarlos él mismo en medio de la plaza. Era, pues, una recia personalidad completa que sabía dominarse a sí mismo aun en trances de verse herido en su honorabilidad. El enemigo más grande de Pancho Villa, el que más mal le hizo y al que nunca descubrió como tal, fué el de los muchos aduladores que tuvo. Tanta adulación de los partidarios del guerrillero malogró a aquel hombre, venerado como un semidiós.

Se ha dudado siempre de las cualidades de Villa para vivir una vida pacífica. Siempre es aventurado hablar por hipótesis. Una cosa es incontestable: que la lucha le fué impuesta, que duró varios años, que llegó por fin el día en que consideró posible una vida tranquila y aceptó el retiro con sumo placer dedicándose al cultivo de las plantas y a la ganadería. Y aun así, retirado y laborioso, infundía sospechas a sus antiguos amigos de lucha elevados a puestos de mando, que así era de grande la influencia que ejercía en los ánimos tan extraordinaria personalidad, hasta el punto que llegaron a matarlo alevosamente.

### SU JUSTICIA ES LA NUESTRA

Doroteo Arango tiene una hermana, Martina, y por ella empezó su carrera de bandolero honrado, al dar muerte a López Negrete, su amo, potentado ricachón que violó a la muchacha.

Espíritu de justicia innato en él que nunca abandonará. Pere Foix no admite el epíteto de bandido que le endilgan las plumas mercenarias y cobardes coreadas por la gente que no tiene más preocupaciones que llenar la barriga y vivir en sosiego aun a trueque de consentir que, al lado, sus semejantes no tengan con qué comer. «Y siempre en el caso de Villa y otros parecidos, se verá al hombre acomodado cómo se desgana insultando y apelando a la ley, a la policía, a los tribunales y a Dios, ante el solo temor de perder su holgada vida.»

Desfacedor de entuertos, su lema de lucha era: «Velar para que nadie atropelle a nadie». Y esto cumplió mientras vivió. Fatalidad que nos deparan la existencia, ciertas casualidades, las circunstancias, mucha suerte y el genio indomable del hombre que no teme a la muer-

te, que la desprecia, que va al peligro, no por arte sino por deber, no obediendo a fuerzas extrañas, sino impulsado por su rebeldía y espíritu de justicia. La púrpura, la seda, los brocados, galones de oro, entorchados: he aquí la muestra de la usurpación y el robo. Contra ellos combatiría porque dicho combate era justo. El reclutamiento de combatientes le fué fácil porque la gente deseaba guerra contra la opresión. Sin analizar el porqué ni el para qué, el peonato deseaba un jefe y un combate, lo encontraron y tras Villa los esclavizados se batían ferozmente. Enemigo indiscutible e indiscutido: el mayordomo, el capataz, el jefe de tajo. ¡Glorioso e ilustre combate! A incorporarse a él fué Doroteo Arango, dejando el arado en el campo, el barracón que servía de hogar, la familia... todo. ¿Qué español de los tiempos modernos no ve en este rompimiento con la vida del hogar el reflejo de su propia acción? ¿Quién de los que leerán estas líneas no recuerda la hora y el lugar en que por similares circunstancias debió dejar el hogar, la madre, la novia o los hijos para lanzarse al monte en donde le esperaban muchas aventuras sin ser aventurero? Consecuencia ineludible de todo aquél que quiere mayor justicia social, más igualdad, más fraternidad entre los humanos.

Dice Foix que: *«El régimen de Porfirio Díaz, además de cruel para los trabajadores, fué indiferente para las necesidades del pueblo. Los campesinos eran tratados como esclavos y morían de hambre. Percibían salarios mezquinos. De 18 a 35 centavos por un trabajo agotador en el que las horas no se contaban. Y gracias que pudieron trabajar, porque los mayordomos, con intento de atemorizar a los peones, seleccionaban a su gente. y, además, amenazaban con el despido ante la menor falta.»*

Y si uno echa una mirada por doquier en nuestros días, ¿qué ocurre? Pues que los mayordomos... etc., etc... Constatación que no le resta mérito a la acción de Pancho Villa, antes al contrario, abona en su favor, de tal forma, que si viviera hoy volvería por las mismas andadas, porque no han desaparecido las causas.

No será muy osado detenernos a examinar el paralelismo que resulta entre las circunstancias de hoy y las de entonces. A principios de siglo, mientras en Méjico se producían semejantes convulsiones de revuelta, en Europa y en otros países se discutían las ideas socialistas, las del economista Henri George y de todos los economistas, desde Marx y Ricardo, Cantillón y Adam Smith hasta Quesnay, Schomoller, Jovellanos y Joaquín Costa. Momentos de renovación eran aquéllos, momentos idénticos son los nuestros cuando por todas partes se vive ansiadamente la necesidad de una transformación social profunda y de una lucha contra la tiranía cuyos ejemplos son múltiples en la propia América e insoslayables para un futuro más o menos inmediato en la misma Iberia. En ésta última principalmente, como el tirano se empeña en no hacer caso de las quejas del pueblo «volverá a cabalgar el espíritu de Villa». Por eso el libro de Foix constituye un manual de lucha para todo español que sienta vergüenza de verse tratado cual si fuese de raza inferior por el más desleal de todos los tiranos: el Hitler español, el avechucho de los dos millones de muertos, el que se engaña si piensa que la quietud de la hora indica que ya puede dormir tranquilo, pues un día la valentía rugirá, las pasiones se desbordarán, los despojados se erguirán y el choque fe-

roz se producirá. Puede de ello estar seguro el buitre de las mil traiciones, al que, a falta de un Pancho Villa, los mismos amigos suyos despellejarán cuando ya no lo necesiten.

#### MADERO, APOSTOL DE VILLA

Estamos en 1910, el pueblo mejicano sufre la dictadura de Porfirio Díaz, el hombre que en su juventud fué liberal, discípulo de Juárez. Francisco Madero, era uno de los políticos que, al igual que muchos de los que registra la historia española, consentía todo, aunque también en todo era protestatario. Era uno de esos puritanos de la política que ni colaboraba con la maldad erigida en gobierno, ni con la violencia desencadenada para acabar con dicha maldad. Quería usar de la persuasión hasta para convencer a los tiranos. De tal forma que viendo a Díaz envejecerse, le rogó que creara un vicepresidencia, de elección popular, naturalmente, «única manera de evitar el estallido revolucionario». En las esferas oficiales no se tomó en consideración tal propuesta por entender que el vicepresidente tenía que ser una persona manejable por el porfirismo» (algo así como lo que sucede en España actualmente entre los tres sujetos: Paco y los dos Juanes.)

La moderación presidió todos sus actos. En cierta ocasión, Pancho Villa se concertó con Orozco para coger Ciudad Juárez, pueblo fronterizo en manos de los porfiristas. Todo ello contra la opinión de Madero; esto tenía lugar el 8 de mayo de 1911. El 10, ambos cabecillas entraban victoriosos en dicha ciudad. Al saberlo, Madero, rindiéndose a la evidencia, felicitó a Pancho Villa e hizo entrada en Ciudad Juárez, de la que hizo la capital provisional, como presidente de la República naciente. Fué su indisciplina el triunfo de la Revolución Mexicana, el triunfo de la libertad. Fué tan grande el acontecimiento que obligó al dictador a pactar con los partidarios de Madero. Este, llevado por su sentimentalismo bonachón, accedió y firmaron un acuerdo conocido por el Tratado de Ciudad Juárez. *En el mismo se estipulaba la dimisión del dictador y de su lugarteniente, dando paso a uno de sus ministros, León de la Barra, para que en un plazo prudencial convocara elecciones según la constitución de 1857* (Destacamos este proceso por lo que de similar puede ocurrir en España). Por su parte Madero se comprometió a licenciar a todas sus tropas aceptando en su totalidad las del Ejército Federal, es decir, oficial. Error grave del político, que constituyó su propia condena de muerte, para lo cual era libre, pero también la de la Revolución Mexicana, cosa que le estaba prohibida.

Una vez desarmados, el pacto fué roto por el dictador y Madero debió otra vez pasar a erigirse en gobierno representando a la rebelión en la que Pancho Villa era el cabecilla aguerrido. En este trance Madero fué alentado por el Gobierno de Washington, aliento que le valió mucho, pero lo que más le valió a Madero y a la revolución mejicana fué la fe ciega que Pancho Villa tenía depositada en el hombre que si cometió errores importantes, nunca cometió una deslealtad. Sus errores, aun graves, no hubiesen sido fatales sin la deslealtad con que se conducían algunos cabecillas de la revolución en la que se distinguió como traidor Victoriano Huerta. A instancias de éste e inspirado por el embajador yanqui Lane Wilson, el 22 de febrero de 1913, Francisco Madero y Pino Suárez eran asesinados.

Y Pere Foix de concluir: «La bondad de Madero perjudicó a la Revolución». «La actuación de Madero fue interpretada por la reacción como debilidad». De ahí la catástrofe: él perdió la vida y el país se ensangrentó.»

(Invitamos al lector a que pase en revista lo ocurrido en España entre la reacción y la blandura con que fue tratada por la República. La conclusión es contundente en tanto que lección política).

#### HUERTA, EL USURPADOR

Pero antes cae Porfirio Díaz, al que Madero destierra encomendando a Huerta que al mando de un destacamento protegiese su huida al extranjero. Y aquí empieza a surgir el siniestro personaje. A Madero no todo el mundo continuó teniéndole confianza por su conllevancia con los antiguos del régimen y falta de energía para satisfacer las aspiraciones populares. Zapata y Pascual Orozco se declararon rebeldes. En misión punitiva contra éste fue enviado Victoriano Huertas, general. Bajo su mando estaba Pancho Villa, coronel. Más tarde, por delito de indisciplina, Huerta empezó a odiar a Villa e hizo como David con el sargento Uri: lo enviaba a operaciones difíciles con el solo objeto de que pereciera. Como esto no llegaba, lo asciende a general, sin abandonar, por eso, la idea de asesinarlo. Inventó robos, conspiraciones, y dió órdenes de que Pancho Villa fuese pasado por las armas, no logrando más que el encarcelamiento, del cual fue responsable principal el propio Madero, influenciado como estaba por el general Huerta.

Este torvo personaje, tras ejercer influencia para lograr de Madero el encarcelamiento de Pancho Villa, pasó a ser amo de la voluntad del presidente, que al fin asesinó; mató primero al hermano, Gustavo Madero, y terminó con el presidente y el vicepresidente. Crímenes que fueron concertados en la propia embajada de los Estados Unidos de Norteamérica.

Tras estos hechos la antorcha de la revuelta fue encendida por Venustiano Carranza, quien acabó con Huerta, general asesino, político sin regla de conducta y hombre sin moral. Todo un caudillo.

#### VICTORIANO CARRANZA

Firmado por Carranza y varias personalidades de la Revolución, apareció el Plan de Guadalete, tendente a combatir al usurpador Victoriano Huertas. Los firmantes sabían que tras el siniestro individuo se escondían los terratenientes, el clero y los grandes industriales. Y abordaron el tema, que también tuvimos en la revolución española, es decir: hacer la guerra al fascismo sin tocar a los que lo sostenían, o hacer la guerra y la revolución a la vez. Según Carranza el clero, los terratenientes y los grandes industriales recibirían su merecido después. Ello como táctica, a fin de limitar la fuerza del enemigo. A un llamamiento dirigido a los oficiales del ejército, respondieron cuatro generales y algunos oficiales. Entre estos últimos se encontraban Alvaro Obregón y Calles. Pero el vencedor de batallas continuaba siendo Pancho Villa quien, debido a otra indisciplina conquistó a los huertistas el pueblo de Zacatecas y fue el primer signo del declive de Huerta. Con la toma de Guadalajara por Obregón, se finalizó el reino del mismo el 13 de agosto de 1914, asumió la presidencia por interino Venustiano Carranza. Días antes éste había menospreciado los acuerdos llamados de Torreón, por cuyo motivo, tan pronto subió al poder,

Francisco Villa se declaró en rebeldía. La primera decisión del gobierno carrancista fue la de acabar con Zapata en el sur y con Pancho Villa en el norte. Contra este último envió al general Obregón para negociar... y al general Calles para atacarle. De las conversaciones surgió la Convención de Aguascalientes con la que se solucionaba el conflicto vigente entre Carranza, Pancho Villa y Zapata.

Pero Carranza desaprobó la decisión de Aguascalientes y recabó acatamiento a sus órdenes. Zapata y Villa le declararon la guerra en virtud de la convención citada. Carranza debió huir de la capital y sentó su sede en Veracruz, en donde promulgó en parte la reforma agraria reclamada por Zapata a la vez quedaba orden de pasar por las armas al temible guerrillero del norte. En las refriegas, Villa perdía hombres.

Establecido en su puesto, Carranza convoca el Congreso Constituyente de Querétaro; éste dió a Méjico una constitución que aún rige hoy, tras lo cual Victoriano Carranza ha pasado a la historia como hombre que ha dotado a su país de un modo de convivencia política nunca visto en tierras mejicanas. El artifice de la Constitución, el que dió rango de nación independiente a Méjico, conoció también tiempos adversos hasta perecer asesinados por gentes que aún no se sabe quiénes fueron, pero es cierto que coincidió con la sublevación de Obregón al amparo de la que Calles empezó a subir en grado y en poder.

#### CONCLUSION

El porfirismo era el régimen de las oligarquías. Para ellos la paz y la satisfacción, para los otros la guerra y las necesidades. Los personajes que revisa P. Foix hacen la historia de Méjico, pues que en pocas naciones como en ésta la influencia de ciertas minorías e individualidades es tan total y marcada. Y el desespero del pueblo permitía que cualquiera fuese capaz de provocar una sublevación de labriegos y levantar varias ciudades en armas, sobre todo en donde imperaban los yanquis. En torpeza y ambiciones Díaz fue el modelo del actual Trujillo: el mismo gusto por las medallas, el mismo desprecio de la persona humana, el mismo desdén a todo lo que no fuera gente pudiente: obispos, terratenientes y rentistas. Fue el inventor de la ley de fugas. Todo Méjico era una paz de cementerio, como la de Franco. Sobre 15 millones de mejicanos, 13 millones eran analfabetos. Demagogo, émulo del otro sátrapa Santa Ana, 31 años de terror no le valieron y el pueblo lo echó, y sólo a la idiotez de Madero se debe que no fuera colgado por las patas como más tarde lo fue Mussolini. Contra él se irguió un Pancho Villa. Contra él combatió Zapata, y con ellos todo el pueblo mejicano.

La figura central del libro de Foix es Pancho Villa. Expresamente nos hemos referido un poco a las otras porque es viendo la riqueza de detalles de éstas como el lector puede imaginarse el tesoro histórico que es «Pancho Villa» para conocer a Méjico en su pasado casi reciente. Muchas más páginas de texto se necesitarían para resumir someramente lo mucho que Foix dice de la recia personalidad, recia y completa, del infatigable combatiente, amigo de los desheredados. Los españoles antifascistas, como quiera que todos somos un poco pancho villas, agradecerán a Pere Foix la contribución valiosa que con su libro hace a la verdadera historia.

M. CELMA

## Glosas antimetafísicas

por C. ISCAR

## Sociedades animales, Sociedad humana

**E** S necesaria la orientación de una humanidad hacia normas biológicas que puedan adaptar todas sus expresiones al total concepto de la conservación y mejoramiento de la vida de la especie.

El sabio auténtico, en relación con sus conocimientos, no afirma algo que no pueda probar.

El número infinito de los tontos, que todo lo creen sin pruebas fidedignas, necesita depurar sus células cerebrales para que éstas funcionen en su propio bien armonizado con el bien general.

En la Colección Cuadernos de la Editorial Universitaria de Buenos Aires se ha publicado «Sociedades animales, Sociedad humana», de Paul Chauchard. En este estudio dice la presentación: «Se plantea el problema de la relación de las sociedades animales con los fenómenos sociales humanos, punto que no ha perdido su original dramaticidad. Es un informe sobre el estado actual de esta investigación de la naturaleza íntima del proceso social».

Las orientaciones científicas, de pura observación analítica, se enturbian en una conclusión influida por ideas metafísicas, de religiosidad y de supuesta creación divina.

Así se comprueba que si la ciencia progresa mucho, las costumbres no dan un paso adelante en contra de los prejuicios y de las morales específicamente antibiológicas. Hay una impregnación «espiritualista» que oscurece la inteligencia solidaria de la unidad humana para disfrutar de los bienes creados por todos los hombres.

He aquí un parangón para que el lector analice y elija lo que le parezca más razonable, sin prejuicios:

## DICE EL AUTOR PAUL CHAUCHARD

Es posible prever una nueva era, en la cual la humanidad, al tender hacia la unificación, adquirirá conciencia de los determinismos sociales y asegurará conscientemente la prosecución de la evolución, realizando una sociedad justa, sin clases, una sociedad reflexiva, en la cual nadie será sacrificado y en la cual desaparecerán los privilegios, una sociedad que habrá de ver la elevación de una comunidad realmente humana hacia un futuro cósmico.

Esta visión objetiva del fenómeno humano tiene el mérito de no imponer la opción de ninguna filosofía o metafísica; requiere renunciar a los puntos de vista fijos y caducos, pero enlaza perfectamente tanto con la tesis marxista, dotada por Marx y Engels de un profundo fundamento en la biología, como una visión cristiana de la historia.

La acentuación necesaria de la toma de conciencia de la responsabilidad personal había limitado durante mucho tiempo la visión religiosa del mundo a un cuadro estático, en el cual las sucesivas creaciones parecían una diversión del Creador; la había constreñido a una rigurosa separación del hombre y del animal, a una concepción idílica de una edad de oro de la humanidad primitiva, a un recogimiento del creyente sobre sí mismo en la esperanza de su salvación única resignado a sufrir en este «valle de lágrimas», que sólo es temporal. Es ésta una forma prelógica del pensamiento religioso, que señala un Dios mágico, separado del mundo. Pero la depuración del sentimiento religioso, por medio de la ciencia vuelve a encontrar valores mucho más conformes a la realidad incommunicable de la fe.

Un mundo creado no es un mundo mágico, es un mundo dependiente que no deja de ser autónomo en su plano, y la evolución en el sentido de una complejidad creciente, fuente del pensamiento, es la manera que tiene el espíritu de encarnarse, la manera en que la acción immanente de Dios trascendente se realiza. Cada grado de organización traduce un grado de alma, y si el alma humana creada por Dios depende de El, las almas animales que emanan de una organización material más simple y son por ello menos complejas, dependen de El igualmente.

## DICE EL COMENTARISTA

Es posible prever una nueva forma de sociabilidad en la unificación de la especie por el aumento del esclarecimiento de los determinismos que agrupan a los hombres. Quizá así se proseguirá la evolución hacia una sociedad justa, sin clases, reflexiva, en la cual nadie será sacrificado y desaparecerán los privilegios a fin de llegar a la formación de una comunidad que se entienda en reciprocidad libertaria y pueda aspirar a un futuro cósmico sin límites autoritarios.

Esta probabilidad objetiva del fenómeno humano social no impone filosofía ni metafísica alguna, sino que requiere la renuncia individual a los puntos de vista fijos y caducos de las doctrinas para cimentar los razonamientos en todos los postulados biológicos que profundiza y extensamente se hayan formulado o puedan formularse.

La visión religiosa del mundo es un cuadro estático, en el cual las sucesivas transformaciones se tenían por diversiones de un dios imaginario, que habría separado rigurosamente al hombre del animal en una concepción idílica de un arribo a la felicidad de la humanidad primitiva a una concentración del creyente sobre sí mismo, en la esperanza infantil de su salvación única, resignado a sufrir los dolores del mundo temporal para entrar de lleno en la vida eterna.

Comprobamos, ante la fe gregaria de la multitud, que la ciencia biológica ha hallado valores efectivos tendientes al equilibrio humano, mas son muy pocas las probabilidades de que ellos tengan eco universal y aminoren hasta que desaparezcan, por consunción, los arraigos del absurdo religioso que impide la floración del hombre sobre su mundo terrestre, en el que dominan las creencias, las ilusiones de ultratumba y todo el influjo de las ideas de una compensación celestial en el páramo de la divinidad que no produce sino náuseas en la disposición vital de los pocos incrédulos que quieren vivir «aquí y ahora» y no se dejan estafar por las añagazas «espirituales» de seguir viviendo en el «más allá» que explota el sacerdocio de todos los templos que idolatran a dios (?).

## DICE EL AUTOR PAUL CHAUCHARD

En un mundo en creación evolutiva, en el cual las causas segundas, como el azar, o la libertad humana, tienen su juego autónomo que expresa la presencia de la causa primera, no hay ninguna dificultad para conciliar los datos de la ciencia y los auténticos datos de la fe, cuando se desprende a los valores permanentes de la vestidura ocasional con la cual se han presentado al hombre primitivo.

Nadie ha estado más acertado que Teilhard de Chardin al insistir sobre esta analogía entre las perspectivas futuras para la humanidad de los constructores de la ciudad terrestre y las visiones escatológicas del cristianismo: ir en el sentido de la historia equivale a completar la creación.

Antes dijo el autor:

El perfeccionamiento de las estructuras nerviosas en la evolución permite de este modo al animal tener un comportamiento cada vez más unificado, pero es menester que aparezca el cerebro más grande, el del hombre, para que la toma de conciencia y el control den un salto, un avance significativo que hace surgir cualidades nuevas.

Es la misma naturaleza para el animal y para el hombre. La diferencia está en la capacidad de invención del cerebro humano. Principalmente, el lenguaje permitió un progreso incesante y transmisible.

## DICE EL COMENTARISTA

En un mundo enajenado, en plena transformación técnica, es una aberración y un anacronismo de algunos intelectuales y filósofos contemporáneos pretender conciliar los datos de la ciencia con los propósitos de la religión, que no deja de ser un camino tortuoso por el que viene caminando la historia de una humanidad angustiada y que parece hallarse en su fase de catástrofe final.

Si se desea intentar la ascensión por la abrupta senda de la razón biológica, es necesario atacar en sus tambaleantes puntales todo resabio religioso, aunque se haya desprendido de la vestidura ocasional con la cual se presentó al hombre primitivo y sigue operando con los hábitos talarés.

Si se dice que es «abrupta la ascensión biológica» es en sentido metafórico, porque los hombres son tullidos y con las muletas de las creencias no pueden caminar normalmente y menos subir a la comprensión de la verdad biológica que, en realidad, es una ruta llana para todos los hombres que sepan caminar, manejar y pensar con sus propios medios cerebrales, manuales y pedestres... Dejemos que el «espíritu» contemple desde su espacio sideral las situaciones humanas sin mezclarse en ellas, ya que su intervención siempre ha sido detestable.

## MUNDO AL REVES

ES fácil despertar al que duerme, pero no es tan fácil despertar al que se hace el dormido. Esta filosofía puede aplicarse experimentalmente a muchas dolencias que se padecen por sugestión. Se cura un enfermo o se alivia cuando no se muere. En todo caso el enfermo estaba real y verdaderamente enfermo. Pero ¿cómo será posible curar al que se hace el enfermo?

En un sainete español memorable figura en su papel de característica cierta mujer ya entrada en años de abuela, cuya manía consiste en atribuirse un repertorio imponente de padecimientos: reuma, aldabonazos cardíacos, desnivel nervioso, bronquitis, acritud de los jugos gástricos, virulencia sanguínea, insomnio, humor en constante desequilibrio, etc.

Todas sus conversaciones se refieren invariablemente a los cambios de tiempo por lo que alteran la salud, al intento de enriquecer con nuevos frascos y nuevos comprimidos su ya repleto botiquín casero, a explicar con abrumadores detalles las fases de un catarro, la traición de un aire colado y la perfidia de la humedad estadiza.

— ¿Cómo se encuentra hoy? — pregunta un visitante a la eterna enferma.

— Peor que ayer. Si un día puedo decir que estoy bien, pero bien del todo, seguro que me muero.

Rasgo molieresco que parece arrancado de «Le malade imaginaire».

Y, sin embargo, la mujer no dice ni por asomo que lo que tiene son achaques acumulados. No se le ocurre defenderse preventivamente contra las inclemencias del tiempo porque quiere presumir, ligera de ropa y de cabeza, en vez de evitar el mal. Mima sus enfermedades. En vez de evitarlas las prolonga y exagera con el intento exasperado de exhibirse y atraer la conmiseración ajena. La sugestión sin aliento hace que la paciente se administre remedios contradictorios, que acaban por postrarla realmente y hacer de su carácter un gemido desapacible.

Nada de salir al paso de un catarro incipiente, no prevenido, con ducha diaria, Nada de cortarlo aspirando alcohol de romero o de tomillo. El catarro domina el cuerpo cuando se desencadena, aturde la cabeza, remueve el látigo nervioso y estimula las corazonadas. Pues todo eso está en el programa de la doliente y lo va exhibiendo por tiempos para excitar lástima en vez de aficionarse a la ducha escocesa.

¿No habrá en el complejo de frivolidades que es el mundo actual cierta mentalidad parecida, impulsada por un deseo vehemente de exhibición para sugerir lástima? Si el mundo tuviera un paréntesis de paz para avanzar ¿no sobrevendría el colapso de las esferas? La ONU es un destemplado coro de estornudos y lástimas.

He aquí la raíz de la psicosis de guerra. Consiste en entretener dolencias — la política, el interés acumulativo, la autoridad, la pedantería sentimental, la misma lástima — para que la familia humana corra detrás de médicos y curanderos como la familia casera, y nadie sea tan osado que pueda pensar en tener salud y soportar la intemperie, es decir, la verdad curada por la sana revolución reclusiana de los cuatro vientos.

ALAIIZ

# EL MAESTRO

por DENIS

**E**RASE un maestro de escuela de escasa cultura: de cultura de maestro de escuela. No tenía ningún deseo de aumentarla. Era mucho más agradable pasar el tiempo en la tertulia del cura, cuya ama preparaba un café exquisito.

Los habitantes del pueblo, salvo los que se reunían en la tertulia y algún que otro propietario de tierras, eran gentes rústicas, que no apreciaban su escaso saber ni habrían apreciado un saber mayor. Le enviaban sus hijos justamente hasta la edad en que podían empezar a trabajar: ni un día más. Sólo los de sus contertullos, nombres de carrera, como él, y los de los propietarios, permanecían en la escuela el tiempo indispensable para aprender lo poco que tenía que enseñarles: rudimentos de lectura y escritura, de aritmética y de geografía.

Los hijos de las gentes rústicas aborrecían la escuela casi tanto como el maestro. Si a éste le robaba horas que habría pasado mucho más a gusto charlando con el cura, que conocía como nadie los misterios del tresillo, a los niños les privaba de las correrías por el campo, goce que luego, sin salir del campo, no habían de volver a tener. En verano estaba allí el río, en cuyas aguas claras era delicia zambullirse, en invierno caía la nieve, tan blanca, tan blanca, y tan pura. Hundirse en ella, correr por ella, lanzarse al rostro su caricia, les daba un calor que en el hogar no había. No porque sus padres no les quisieran: es que la miseria no les dejaba tiempo ni para quererles.

En primavera comenzaban los árboles a ofrecerles el regalo de sus frutos, que sólo se saborean montando a las más altas ramas, sentándose en ellas, oculto entre el verdor, tan variado, de sus hojas. Y luego, en otoño, estaban las viñas, por dondequiera que se salía del pueblo.

A veces, se tropezaba con los dueños de los árboles, y de las viñas — porque tenían dueño —, pero era placer infinito burlarles, escapar de sus manos, cuando ya ellos creían tenerles en las manos. Hombres antipáticos, siempre dispuestos a perseguirles, hasta cuando jugaban con la nieve y se lanzaban a las aguas claras del río, como si la nieve y el río también fueran suyos.

El maestro, sencillamente, les odiaba. Por la cosa más insignificante, les ponía, con una palmeta — maldito instrumento —, moradas las manos. Y no siempre se contentaba con castigo tan odioso. Muchas veces usaba, para su instrucción, de una vara: que caía, inesperadamente, sin saber por qué, sobre las cabezas infantiles.

Los niños le devolvían, aunque no con creces — habría sido imposible —, su odio. Pronto — ¿para qué decirlo? — olvidado. Bastaba una sonrisa suya para que le rodearan, como sedientos de una palabra dulce. Rara vez pronunciada. No se les borraba de la memoria, cuando la pronunciaba. La llevaban, como un presente, a sus padres. El maestro me ha dicho... Y hasta dejaban, por unos días, de ser tan discolos. Pasta blanda que estaba allí para que un artifice la modelara, sin moles-

tarla. Cada cual, a su manera, era una promesa. No era el maestro quién para que la promesa se cumpliera. Ni nadie. El destino se les cerraba al empezar.

Había llegado el maestro al pueblo solo. Pronto le casaron. Y pronto le nació una niña. Que los revoltosos hijos de los hombres rústicos trataron, en cuanto comenzó a dar los primeros pasos, como ellos no eran tratados. Ni de una de sus excursiones predatorias volvían sin regalo para ella. Contenta, contenta de tan numerosa compañía.

Y a poco, como si las inquietudes de todos sus amiguitos se hubieran hecho carne en ella, fué el tormento de su padre. Porque le asaltaba, constantemente, de preguntas. Preguntas que habrían surgido, sin el odio de éste a los niños, de las bocas de todos los niños.

¿Por qué llueve? ¿Por qué hace viento? ¿Por qué las flores tienen colores tan distintos? ¿Por qué hay luna unas noches y otras no? ¿Por qué algunas veces no se ve el sol?

Había oído decir el maestro, no sabía a quién, que el niño es maestro del hombre. Se indignó de paradoja tan extravagante. Veía ahora que la paradoja no era paradoja ni, por tanto, extravagante. Su hija le estaba instruyendo a él. Porque, aunque contestaba a todas sus preguntas con evasivas, procuraba enterarse de qué habría podido contestarse.

No habría hecho jamás esfuerzo semejante si las preguntas hubieran sido de cualquiera de sus discípulos. ¿Para qué estaban allí la palmeta y la vara? El niño no tiene por qué preguntar nada, ni por qué querer enterarse de nada. Es misión del maestro suministrarle el conocimiento que juzgue pertinente. Y aun ningún conocimiento. Porque tampoco se lo han suministrado a él. Le han enseñado a enseñar a leer y escribir. Es todo.

Un maestro que contesta a las preguntas de los niños sería un maestro que no sería maestro. Es él quien debe preguntar, o no preguntar. Si un maestro hubiera de prepararse para responder a las mil cosas que a los niños se les ocurre preguntar, nunca acabaría sus estudios, nunca sería maestro.

Su hija estaba echando por tierra todas las ideas que el maestro se había formado sobre la instrucción. Porque a su hija, tan pequeña, tan tierna, tan graciosa — los otros niños no eran pequeños, ni tiernos, ni graciosos: eran hijos de los demás —, no podía responderle con la palmeta, ni con la vara. Y el caso era que su hija no se contentaba, poco a poco, con evasivas: exigía respuestas satisfactorias, que le parecieran satisfactorias.

Un día, cuando ya tenía su hija seis años, la llevó con él a la tertulia, porque reclamó ella ir con él a la tertulia, y el cura habló con ella, de que todos somos hermanos, hijos de un mismo padre. Al volver, tropezaron con uno de los amiguitos de la muchacha, que siempre iba descalzo, y la muchacha preguntó a su padre:

— ¿Por qué, si todos somos hijos de un mismo padre, voy yo calzada y él no?

Por primera vez, a falta de sus instrumentos escolares, el maestro contestó a su hija con una bofetada. Carinosa, pero bofetada. No era, la bofetada, una respuesta. Se lo hizo ver la muchacha, llorosa. Porque repitió su pregunta, sin temor a nueva bofetada.

— ¿Por qué voy yo calzada y él no? ¿Es que nuestro padre me quiere a mí más que a él? ¿Es que está bien en un padre, querer a unos hijos y a otros no?

No encontró el maestro, dolorido, más que su hija, de la bofetada, ni evasivas con qué contestarle. Y en los días sucesivos meditó, meditó, meditando, que su concepción del mundo, que apenas era concepción del mundo, se desmoronaba. No sabía, si la pregunta de su hija se repetía, responder a ella de modo certero, pero el mundo ya no era para él el mundo de antes. Como si un cataclismo lo hubiera roto y lanzado a regiones distintas.

Llegó a huir de su hija, a la que tanto quería, temeroso de sus porqués, que le hacían la vida difícil. No tenía propensión alguna a pensar, pero su hija le obligaba a pensar con su asedio. Implacable. Todo despertaba la curiosidad de la criatura. Todo la lanzaba a interrogaciones sin fin. ¿Por qué cantan los pájaros? ¿Por qué ponen huevos las gallinas? ¿Por qué hay mosquitos,

que tanto pican? ¿Por qué los niños, en cuanto son un poco crecidos, no vienen más a la escuela?

Una noche de luna llena, preguntó, de súbito, a su padre:

— ¿Está muy lejos la luna?

— Sí, muy lejos — le respondió el padre.

Y a poco, como éste le hablara de su cumpleaños, que se acercaba, preguntó de nuevo:

— ¿Qué está más lejos, mi cumpleaños o la luna?

El padre no respondió nada, pero se vió obligado a pensar, sin querer, como tantas veces, y sin duda por primera vez en su vida, en el espacio y el tiempo.

Le instruía, le instruía su hija. Era verdad que el niño es maestro del hombre. Era verdad que el hombre no tiene, si quiere, mejor maestro.

El día del cumpleaños de la muchacha — día de fiesta señalada —, una de las preguntas de ésta a su padre fué inaudita. Y ya tantas veces obligado el maestro a pensar, acertó, no habría sabido decir cómo, a responder con ingenio:

— ¿En qué pensabais tú y mamá — le preguntó — cuando erais novios?

El maestro respondió:

— En ti, hija mía.



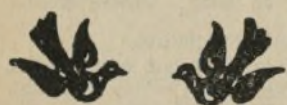
## Manuales e intelectuales

(Viene de la pág. 3333)

«Hay así, a mi juicio, para los intelectuales, dos modos de traicionar y en ambos casos la traición ocurre cuando se acepta una sola cosa: la separación del trabajo de la cultura. El primer modo caracteriza a los intelectuales burgueses que aceptan que sus privilegios sean pagados con la esclavización de los trabajadores. Ellos afirman a menudo que defienden la libertad, pero lo que defienden, sobre todo, son los privilegios que les da la libertad, y sólo a ellos. El segundo caracteriza a los intelectuales que se creen de izquierda y que, por desconfianza en la libertad, aceptan que la cultura y la libertad que ella supone, sean controladas, con el vano pretexto de servir a una justicia futura. En ambos casos, se acepta y se conserva la separación del trabajo intelectual y del trabajo manual, que constituye el verdadero escándalo de nuestra sociedad y que condena a la impotencia tanto al trabajo como a la cultura».

A CAMUS

## Una traducción de SAMITIER



# PICASSO (1)



**P**ICASSO : en este nombre simbólico el público ha concentrado todo el asombro y toda la indignación que le inspira «el arte moderno». Y toda la gloria que Picasso ha adquirido, por brillante que sea —una de las más brillantes del siglo—, todavía es escandalosa, problemática y despierta una inquietud. «¿No creen ustedes, preguntan las señoras, que Picasso se burla de nosotras? A lo que no cabe más que una respuesta: «¡Espero que sí!» Señora, ¿por qué Picasso se preocuparía de usted? ¡Se burla de usted! Y, si esto puede consolarla, de mí también, y en suma, de todo el mundo.» Podríamos continuar diciendo que no es el único a proceder así, y que es el hecho de todo artista, Rembrandt o Leonardo de Vinci, de no preocuparse de la señora X..., sino exclusivamente de su pintura con la sola diferencia de que en la elaboración y en la preocupación de su pintura que absorben Rembrandt y Leonardo de Vinci, el poco caso que hacen de la señora X... es implícito y sobre entendido, mientras que Picasso parece darlo a entender. Es la única diferencia. Rembrandt y Leonardo de Vinci procuran no chocar al público con pasión demasiado aparente consagrada a su pintura y dan la impresión de que le tienen consideración y que desean su aprobación. Picasso, por sus transformaciones injuriosas, sus osadías incisivas, la desenvoltura de sus imaginaciones, no deja al público ninguna ilusión de este género, sino al contrario, la impresión de ser injuriado. Con este fenómeno, se produce en el público algo que molesta. Pero este malestar es, en sí mismo, ilusorio. Porque Picasso puede aparentar y subrayar la impertinencia que conlleva la práctica artística, a saber: que no es menos de lo que fundamental y realmente es, y la de Picasso es la misma que la de Rembrandt y la de Leonardo de Vinci. Picasso es un artista, como los demás. Es un artista. Tal es la conclusión, con la que, tras vueltas y más vueltas —y nadie puede inspirar más que este artista—, yo me paré en el trabajo que le consagré en 1940, en el capítulo final titulado: **En definitiva**. En definitiva, sí, a fin de que sea analizado, sometido a examen y puesto en discusión; todo tratado, dividido, distinguido, redarguido, argumentado; en fin, hay que llegar a considerar simplemente a Picasso como un artista todopoderoso, y en cuanto a la gente, no tiene más que decirse: un artista es así. Un hombre ocupado en sus fabricaciones, empleando los materiales que quiere, íntegra y exclusivamente poseído por lo que nace bajo sus dedos, por lo que se inventa, que él inven-

ta, o según expresión suya, que el encuentra. No hay nada más serio; al menos así lo piensa él e incluso lo proclama, y esto es lo que causa paradoja, y es por esto que una verdad sobrepasa su efecto. Es justamente esta seriedad la que aparece como una farsa.

En definitiva, pues, hay que considerar el artista en Picasso, y en Picasso el artista tipo, porque pocos fueron más soberanos, más ricamente dotados más aptos a hacer, y hacer de todo, más ágiles de mano, de ojo, de curiosidad y de espíritu, más rápidos a utilizar con fines de creación el menor objeto encontrado, la menor tuerca, el menor papel, la menor ocasión. Pero hay que considerar también el humor que en Picasso exalta el genio de artista y hace de él gala y demostración, hasta el punto de conmover las gentes y de inducirlos a ver en esta fatalidad de ser un artista y de crear obras de arte, una intencionada ofensa personal.

**E**STE humor es español. Consiste en usar de la libertad pero haciendo sentir dicho uso. En fundarse siempre en el libre albedrío mediante producciones arbitrarias. En manifestarse en tanto que artista, y artista prodigioso, pero advirtiendo que podría hacerse de otro modo si se quisiera, de manera que si se es artista por naturaleza, por esencia, y como hemos dicho por fatalidad, también por voluntad, y que si siéndolo se obedece a un capricho de la naturaleza, éste coincide con un capricho de la propia persona, e importa que no haya ninguna duda en esto ya que el honor está en juego. Así es como el capricho personal aparece constantemente en la carrera de Picasso, y que todo periodo durante el cual su genio de artista se encuentra poseído de una necesaria obsesión se termina bruscamente para dejar paso a otro periodo no menos imperioso. Pero este cambio será signo y prueba de la libertad del humor y del capricho del hombre.

Esto, estas metamorfosis, estas contradicciones, estos cambios de signo y de clave también ha parecido estorbar al público. Aquí todavía se ha visto malicia y burla. Es que, repitémoslo, el hecho de ser artista el artista debe hacérselo perdonar. ¿Cómo? Primero por la buena gracia con la que da la prueba de su naturaleza de artista —es decir produce obras de arte—, y sin repetir jamás que es un artista y que es cosa singular que le otorga todos los derechos. Después, produciendo sus obras de arte según un desarrollo continuo y con una especie de rigurosa lógica; esta actividad, siendo en sí misma bastante anormal, debería al menos manifestarse como respondiendo a un principio director y per-

ceptible y seguir siendo siempre la misma y en el mismo sentido y dirección. Pero en un hombre del humor de Picasso, se persigue en todas las direcciones. Y ello porque es ante todo manifestación de humor personal y de indomable libertad. Picasso es un artista, pero sería una insensatez pensar en obligarle a ser otro artista en lugar del que es. Es un artista y el que debe ser, a saber: el que la naturaleza ha dotado de los más ricos, de los más extraordinarios poderes, pero es también artista como quiere y como en tal otro momento querrá ser. Y éste ¿quién puede preverlo? Ni siquiera la fatalidad natural de su propio genio.

**P**ARA analizar el humor de Picasso hay que ascender a sus propios orígenes étnicos, como lo ha hecho Alexandre Cirici-Pellicer en su libro *Picasso antes de Picasso* y descubrir la fabulosa antigüedad de la orfebrería mallorquina, seguir la odisea de las infancias malagueñas, de la estancia en Galicia, y en fin —etapa determinante—, de la juventud barcelonesa. En efecto, no se le concede bastante importancia en la formación del genio de Picasso, al modernismo catalán y a la Barcelona de fines de siglo, con su bohemia, su anarquismo, su modernismo nietscheo-ibseniano, su tumulto revolucionario, su gusto de la *paraula viva* proclamado por Maragall —el Mistral catalán—, y sobre todo, la presencia de este otro catalán glorioso cuyo extraño genio tantas analogías presenta con el de Picasso y del que hemos hablado a propósito del estilo 1900: el prodigioso arquitecto barroco —estilo moderno— Antonio Gaudí. Hay en todo esto una España muy particular —particular como cada una de las españas, y al mismo tiempo, profundamente, incontestablemente, inalienablemente española—, una España mediterránea, compuesta, subversiva, compasiva, humana, sin el conocimiento de la cual, no es posible comprender algo de las intimidades y de las originalidades del genio de Picasso.

Resulta imposible no evocar aquí otro ilustre extranjero, el Greco, y su periplo terminado en la ciudad imperial de Toledo. El itinerario mental de Picasso arranca de la misma región: el mediterráneo oriental. Y, portador de fábulas análogas y acarreando tan extraños mensajes desemboca en otro centro de imperio: París. Ciertamente es que además de las razones anteriormente expuestas, podemos caer en la tentación de atribuir a todas estas influencias exóticas el efecto de sorpresa causado en Francia por ciertos hechos del arte de Picasso. Yo creo que iremos más hacia el fondo de las cosas considerando en ellos no lo que tienen de sorprendentes sino la sorpresa misma. El repertorio plástico de Picasso es extranjero, pero lo más extranjero en él, es su *extranjerismo*. Sus obsesiones formas cornudas que encuentra en los manillares de bicicletas provienen del culto de Mitra y tienen primitivas y lejanas razones, pero lo más notable es la obsesión y la afición brava que les tiene este genio refractario. Su potencia de choque nos abruma. Si el genio de Picasso es español, lo que tiene en sí de más español es la manera irreductible de llevarlo y de soportarlo, cómo lo hace soportar a los demás y cómo lo im-

pone. Lo más español en él es su manera de ser español de identificarse a sí mismo; y lo más extraordinario de su naturaleza es su naturalidad.

**V**OLVAMOS al centro de su arte: el humor. Arte de artista, pero de un artista que no cesa en afirmar el irreductible carácter específico de ser artista, este humor es el mismo en todos los dominios que recorre, romántico o puramente especulativo e intelectual. Para empezar, ese mediterráneo barcelonés del que ha emergido su juventud es un dominio romántico y aparece en lo trastornante y patético de la época Lautrec, pero sobre todo de la época azul y de la época rosa, en toda esa poesía foránea y miserable que hace chirriar en nuestras orejas no sabemos qué estridencia de violín embrujado. Esos personajes famélicos, esas mujeres atrocemente encorvadas sobre su trabajo, esas maternidades ansiosas, esos sonambúlicos saltimbanquis en viaje imploran nuestro socorro y al mismo tiempo nos arrastran en sus fantásticos ensueños. Este mundo es un mundo de angustia, pero también, en su imposible colorido azul o rosa, un mundo extraño. Sin duda porque para una imaginación tan extrema como la de Picasso la angustia es extraña, con la que no sabríamos comunicar humanamente sin soportar al mismo tiempo un terror vertiginoso.

Con el período del «Bateau-Lavoir» y del Cubismo trasparamos las fronteras de un dominio diferente: el de una especulación estrictamente geométrica. Desde entonces Picasso contrae sus cualidades de gusto, de invención, e incluso de efusión al más acerbo hermetismo. De esta manera el humor pasa de lo humano a lo inhumano, continuando tan holgadamente como antes.

Mientras tanto algunos han querido hablar de un «cubismo español» y hacer de él una obra de tinieblas y de satánica fantasía, por oposición a la obra racional y cartesiana del «cubismo francés», obra de luz. Esta opinión es sin duda un poco simplista y presenta de buenas a primeras el inconveniente de menospreciar a Juan Gris, cubista español, enamorado de regla y de puro espíritu de geometría. Empero hay algo de verdad en ella en el sentido de que la marcha ha encontrado un método en el Cubismo. No. El Cubismo para Picasso ha sido el salto de un artista ansioso de crear. Una ocasión de crear sucede a otra a la que otra sucederá. Un capricho más. Una nueva escapatoria para el humor.

El humor, este fundamental e impaciente humor, ¿cómo no he de dirigirse hacia el lugar que más ocasiones ofrece, a saber, el teatro? Hay armonía preestablecida entre un temperamento como el de Picasso y las mil metamorfosis del teatro y los pretextos que ofrece a la florecencia de una virtuosidad. Virtuosa y comediente, tal es en efecto la naturaleza profunda del genio picassiano y de ahí vienen su prestigio y éxito en los Ballets Rusos, y todas sus caras del saltimbanquis, de payasos y de arlequines, y esos períodos disfrazados a la italiana, e incluso, ese italianismo que se encuentra en todos los períodos de Picasso, «italianismo constante» notado por Eugenio d'Ors y que

abre mil salidas de gracia, de espontaneidad, de deslumbrante acierto a un humor que de lo contrario, y como ocurre a menudo con el variado humor español, se replegaría sobre sí mismo para no ser más que **malhumor**.

En la carrera de Picasso el descubrimiento del teatro no podía sino coincidir con el de Italia. En efecto, y aconsejado por Cocteau fué a Roma a entrevistarse con el empresario de las fiestas más bellas de nuestro siglo, Serge de Diaguilew. Y la más bella debía ser en 1917, en el Chatelet, aquella representación de los Ballets Rusos en la que se dió en medio de un sensacional alboroto, la primera **Parade**. Es evidente que durante estos años de teatro, de cubismo amable — o si se quiere de cubismo rococó —, de dibujo ingresco, de figuras clásicas de una perfecta belleza o hinchadas por juego, el humor de Picasso se divierte holgadamente en las mímicas más disparates. Después de las magníficas naturalezas muertas de 1924-25 el humor se inquieta de nuevo, inventa en pintura, en escultura y a menudo en metal, ingratos y extraños objetos rudimentarios, y se aventura en el camino de los monstruos.

¿Se pretenderá acaso, tras estas diversiones — en apariencia agradables, que el humor de Picasso se ha retraído y replegado a riesgo de ahogarse? Más justo será reconocer que todavía se mantiene en ejercicio y siempre en estado de absoluta alacridad. De manera que si se hace mordaz no es por obligación, sino porque, capaz de todas las expresiones, es también capaz de ésta, a saber, la expresión del sarcasmo y de la cólera. Es pues con el mismo arte, la misma gracia, la misma facultad de juego y de invención que este humor se complace en imaginaciones feroces en combinaciones sacrílegas o que nos parecen tales porque no atestiguan ningún respeto por la ordenanza ordinaria de la fisionomía humana a la que profesamos la más alta veneración. Pero no quiero pensar que exista tanta perversidad en estas temibles imágenes, tanta **intención**. Una vez más, son el hecho del humor, es decir, una soberanía de artista. Y completemos esta noción de artista soberano a la que hay que volver incesantemente, por otra noción no menos brillante: la del **barroco**. Picasso es además de un artista español, es un artista barroco. Puede ser un artista barroco tan libre y tan potente, atreviéndose a todo, jugando con todo, capaz de todo, tranquilamente seguro de su orgullo, y por lo mismo, parezca despiadado y cruel. Aquí, como ocurre a menudo, hay que hacer la diferencia entre lo que un creador es para los otros y lo que es para sí. Y penetrando en su propia esfera, obtendremos la revelación de sus razones, de sus disposiciones, de sus comportamientos, de sus mecanismos, y cómo, trasponiendo esta realidad en **explicación**, le quitaremos parte de su sorpresa y de su agresividad. Una vez más ¿qué somos nosotros en este asunto para creernos objeto de agresividad? ¿Y esto no es estimarnos a un precio demasiado alto? De hecho debemos estimarnos en **nada y el universo con nosotros** si queremos medir la verdadera na-

turalidad del artista barroco, quien sin ayuda de nadie hace exactamente lo que quiere y llena toda la capacidad de sus posibilidades.

Bajo la inspiración de su espíritu barroco Picasso, en 1932-33 se enamora de las formas curvilíneas, enroscadas, envolventes, germinativas. Los años siguientes, en creciente delirio de colores al que le arastra el empleo frecuente de la pintura brillante, pinta mujeres insólitas, o mejor dicho metafóricamente mezcladas a las turbulencias de un interior. Tras la exasperación de **Guernica**, las fantasías anatómicas se hacen cada vez más ridículas y más blasfematorias los «retratos». La sangre ha corrido: la naturaleza está definitivamente violentada. Después, a medida que Picasso entra en edad, la estrepitosa celebridad de su persona va separando ésta de su genio, y le obliga a una soledad más secreta. Por paradójico que esto parezca, el genio queda intacto y todavía se da más libre curso. Y continúa imperturbablemente ejerciendo su potencial metafórico, unas veces agudo y seco en sus juegos de buhos, de erizos marinos y de faunos, otras enternecido en sus niños y sus juegos de niños, otras industrioso e insolente como de costumbre en sus esculturas compuestas por tornillos, por grifos, por todo lo que le cae en las manos, y en fin, otras veces rudo y rústico, verdaderamente **goyesco** — es decir, pariente de un genio que no le cede en nada a nadie, sino al fuego, a la tierra, a la rugosa altivez popular — en sus cerámicas de Vallauris.

Pero esto no impide que a esta máquina creadora, autónoma, indiferente, ininterrumpida y que no fija su presa nada más que para extraer una maravilla nueva, tengamos que atribuirle sentimientos como los nuestros. Esta máquina es humana y el humor, que es el motor central, significa la unidad de un hombre. Sin duda estamos en lo cierto, en lo cierto de Picasso, en su verdad para sí, cuando nos obligamos a no asustarnos ni ofendernos por sus maneras indiferentes — si no impertinentes — hacia nosotros, y admirar una fecundidad inventiva tan enérgica y la más extraordinaria de que jamás haya hecho prueba un artista. Pero el caso sería del orden de las anomalías inconcebibles si este artista no fuera superior a sus revuelos, a sus transformaciones, a sus fantasías, a sus operaciones, si no fuera consciente de su demiurgia, si no fuera voluntad, existencia, si no fuera un hombre. ¿Cómo designar al poseedor de una señoría, a quien todo le es igual, ya que todo le es posible, sino con el nombre de señor? Dicho esto, y en última posición, podemos admitir que en el despliegue de un tal genio haya parte de sarcasmo y de furor, no contra nosotros, contra el público — aunque insistiendo, el público no tiene porqué ponerse en escena — sino contra todo y contra nada. Sí, Este genio está animado de pasiones; pero éstas no van «acompañadas de la idea de la causa» como ordinariamente van las nuestras, según las define Espinosa. Lo son sin relación y estrictamente intrínsecas, como la violencia lo es al tigre y a la tempestad. Insisto en esta observación de que es a un genio que le

son intrínsecas, es decir, al estilo y a la actividad de un artista. Y después vayamos más lejos, y esta vez alcancemos a lo vivo del hombre en Picasso. Encontramos fragmentos de la obra múltiple e inmensa que ha producido en los que reconocemos claramente las causas de estas pasiones. Esta vez van acompañadas de su causa y ésta resulta ser accidente concreto. Esta vez hay asentimiento. Por ejemplo, en tales retratos aplicados — óleo o lápiz — legados para la eternidad. Recordemos únicamente el magnífico original de Gertrude Stein, la amiga de los primeros días, con quien se entendía tan bien el humor de Picasso. Otro en la fascinante fantasmagoría real de la época azul. Y como ejemplo final, en conclusión, volvamos a esa obra maestra de la pintura universal que es GUERNICA: en ella el demiurgo, dueño de sus medios, de sus técnicas, de su vocabulario, de toda su alquimia, ha lanzado un grito de garganta humana.

Y entonces, cabe una última pregunta: la inquietud que en fin de cuentas provoca Picasso ¿no sería la inquietud que provocan el poderío y la libertad? Nos atrincheramos tras las formas insólitas mediante las que se han expresado, en el caso de Picasso, el poderío y la libertad. Pero esto es una mala deducción. Porque en esta extremidad lo que extraña no es el poderío y la libertad. Y no porque sus manifestaciones sean asombro-

sas, sino porque jamás lo han sido producidas con tan insostenible fulgor tan esenciales y desnudos. De modo que, despojado a su vez de toda su argumentación, el asombro que suscita Picasso hay que verlo en lo esencial: no es más que la protesta de la mediocridad. Resulta imposible no evocar aquí un soneto de Mallarmé: ante tal aparición de poderío y de libertad, el horror del siglo y el vil sobresalto de la hidra no pueden más que refugiarse en la contenciosa e irrisoria explicación: algún filtro... un procedimiento de hechicero... algunos trucos... La respuesta debe ser perentoria: no hay nada de eso. Solamente el poderío y la libertad. En una palabra: la Poesía. Pero realizada de manera tan simple, tan bruta y abrupta, tan evidente, y mediante tan continuos, imprevistos y por lo tanto inexplicable ingenio, que no queda más que **rendirse a la evidencia**. Es aquí cómo el «espíritu de litigio» se resuelve con más dificultad. Pero es también hacia esto que se inclina una crítica enamorada de hechos positivos fundamentalmente inspirada por la necesidad de admirar y de amar, y cuya preocupación ingenua consiste en poder considerar al ser humano en su suprema dimensión.

JEAN CASSOU

(1) «Panorama de artes plásticas contemporáneas».



# MICROCULTURA

716. — Baqueano (argentinismo) es el hombre de campo que conoce prácticamente la campaña (campeña), pasos y vados de los ríos, picadas (senderos), pastos y aguas y sirve de guía en los viajes (travesías).
717. — Pilcomayo, viene del quichúa «pílco», colorado, y del quichúa «mayu», río (Río Colorado).
718. — Pororó, nombre guaraní del maíz tostado, viene de «pororog» que significa estruendo, ruido de cosa que revienta.
719. — Las ciudades más importantes de Argentina son Buenos Aires, Rosario, La Plata, Córdoba, Tucumán y Mendoza.
720. — En el 499 A. C., Mileto y las villas jónicas se rebelan contra la dominación persa.
721. — El 11 de febrero de 1929 (Tratado de Letrán) el Vaticano obtuvo de nuevo la «soberanía territorial».
722. — Rancho (argentinismo) es la habitación del campesino, con techo pajizo y paredes de barro. Tapera, es un rancho abandonado en medio del campo.
723. — El rayo es la descarga eléctrica producida por las nubes cargadas de electricidad, siendo relámpago la luz que arroja el rayo y, trueno la detonación que produce el rayo.
724. — En la primavera del 480 A. C., el terrible ejército de Jerjes cruzó el Helosponto (los Dardanelos), iniciando así la segunda catastrófica guerra médica.
725. — Paraguay viene del guaraní «para» mar, «gua» sinuoso e «i» río (Río sinuoso y grande como el mar).
726. — La mandioca es una planta sudamericana de dos o tres metros con una raíz grande y carnosa que pesa unos quince kilos.
727. — Los principales volcanes de América son: el Copiapó en Chile; el Arequipa en Perú; el Cotopaxi, el Pichincha y el Sangay en el Ecuador; el Tolima en Colombia, el Fuego en Guatemala y, el Popocatepetl y el Orizaba en México.
728. — Las ciudades más importantes de Grecia son Atenas y Salónica.
729. — En el 428 A. C. nació Platón.
730. — Se supone que Diógenes Laercio, el autor de los «Diez libros sobre las vidas y los dichos de los filósofos más ilustres» vivió en el siglo tercero después de Cristo.
731. — En el idioma inglés nunca se emplea el pronombre «tú», sino siempre el «you» que significa «usted».
732. — Océano, es la grande extensión de agua salada que cubre más de las dos terceras partes de la superficie de la tierra; siendo «mar», una porción de agua salada menor que un océano.
733. — En los puertos el hombre completa la obra de la naturaleza construyendo diques, muelles, depósitos, astilleros, dársenas y faros.
734. — Poncho (argentinismo) es una manta (frazada) rectangular con una abertura en el medio por donde se introduce la cabeza, y que cubre los hombros, el pecho y los brazos.
735. — Iguazú, viene del guaraní «i» río y «guazú» grande (Río Grande).
736. — Las cataratas del Iguazú son mucho más hermosas que las tan visitadas cataratas del Niágara.
737. — El arroz, que exige un sol ardiente y un suelo húmedo, alimenta numerosas poblaciones en el Indostán y en la China.
738. — Al choclo (nombre del maíz en muchos lenguajes indios) «mil beneficios se deben; pues por él cocina el hombre; bebe, come, fuma y duerme».
739. — Los volcanes más grandes de Europa son: el Vesubio y el Etna en Italia; y el Hekla y otros ocho en Islandia.
740. — La Alhambra de Granada, monumento incomparable, obra maestra de la arquitectura árabe, es conocido y admirada en el mundo entero.
741. — Las ciudades más importantes de Suecia son Estocolmo, Gotemburgo y Malmö.
742. — En el año 480 A. C. con la pérdida de las Termópolis toda la Grecia central es invadida por los bárbaros de Asia, siendo asaltada e incendiada la gran ciudad de Atenas.
743. — Tambo (argentinismo) es un corral de vacas donde se vende leche.
744. — Porongo (argentinismo) es una calabaza silvestre de pequeño tamaño.
745. — El panorama del lago Nahuel-Huapi (de nahuel, tigre y huapi, isla) en Argentina es sumamente grandioso: veintiseis islas cubiertas de una tupida vegetación surgen de sus aguas como montañas de verdura.
746. — La caña de azúcar (planta originaria de la India) contiene en sus tallos maduros, de dos y hasta tres metros de alto, una substancia esponjosa de zumo dulce, cuyo principal producto es el azúcar.
747. — Los lagos Ladoga y Omega en Rusia, son los mayores de Europa.
748. — Las ciudades más importantes de Portugal son Lisboa, Oporto, Coimbra y Braga.
749. — En el 480 A. C. nació el gran filósofo Eurípides.
750. — El estrecho (o canal, paso, bósforo, mancha, etc.) es un brazo de agua que une dos mares o dos porciones de mar.
751. — Las corrientes marítimas son los movimientos considerables de las aguas oceánicas en determinadas direcciones.
752. — Payador (argentinismo) es un poeta popular y errante que canta echando versos improvisados acompañado de la guitarra, y con frecuencia a competencia con otro.
753. — En América del Sur hay algunos ríos llamados Mirinay (del guaraní «miri» pequeño, «ña» nuestro e «i» río: nuestro pequeño río).
754. — El lino es una planta de una vara de alto, de florecillas azules muy vistosas, y que se cultiva por las hilazas que da su tallo y el aceite de su semilla.
755. — Superficialmente, Europa es cuatro veces menor que América.
756. — Los ríos más importantes de Europa que desembocan en el mar Báltico son: el Niemen en Lituania; el Vístula en Polonia y el Oder en Alemania.
757. — Las ciudades más importantes de Holanda son Amsterdam, Rotterdam, La Haya y Utrecht.
758. — En el siglo pasado se llamaba a Concord, pueblo cercano a Boston, E.E.U.U., «la Atenas de América» por la floración de filósofos que allí hubo.
759. — En el 406 A. C. murieron Eurípides y Sófocles.

## POETAS DE AYER Y DE HOY

¡Ay! nuevos campos perdidos,  
campos de mi mala suerte;  
ahí se quedan tus olivos  
y tus naranjos nacientes;  
brilla el agua en tus acequias,  
surcan la tierra tus bueyes  
y yo cruzo tus caminos  
y jamás volveré a verte.  
Los tiernos brazos del trigo,  
entre tus vientos se mueren.  
¡Ay, los brazos de mi sangre,  
son molinos de mi muerte!  
No tengo casa ni amigo,  
ni tengo un lecho caliente,  
ni pan que calme mis hambres,  
ni palabra que me aliente.  
Mal cuerpo me ha dado el mundo;  
mal árbol que ni florece,  
ni puede tener seguro  
fruto que en su rama crece.  
¡Ay, el calor de mis manos!  
¡Ay, los ojos de mi frente!  
¡Ay, bajo la luz del alba!  
¡Ay, bajo la sombra fuerte!  
Ya siempre andarán despiertos,  
despiertos sin conocerme,  
que sólo miran al viento  
por donde sus penas vienen.  
¡Ay campo, campo lejano,  
donde mi dolor se muere;  
nunca encontrarán mi olvido  
si he de olvidar el perderte!

**EMILIO PRADOS**

## Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es el guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

# INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

### OBRAS EN ESPAÑOL

«Justicia», L. Reymont, 3.— NF. — «Manual del aspirante cinematográfico», 1,50. — «El Mar», Michelet, 3,50. — «La música en España», A. Salazar, 15.—. — «Muelle de las brumas», Mac Orlan, 5.—. — «Manual del fabricante de bolas de sebo», 2.—. — «Manual de Lechería», 2.—. — «Adelgace con inteligencia», Hauser, 5,50. — «Cuadro hemático del cáncer», Gruner, 4.—. — «Fundamentos de la caracterología», L. Klages, 9,50. — «Cómo curé mi tuberculosis», Hevia, 1,50. — «El autoanálisis», K. Horney, 7,80. — «Vida del diabético», Cañadell, 5,60. — «Úlcera gástrica», 2,25. — «Colitis», 2,25. — «Alergia alimenticia», 2,25. — «Corazón», 2,25. — «Tuberculosis», Vander, 5.—. — «La historia tiene la palabra», Teresa León, 1,50. — «Pablo Iglesias», Isaac Pacheco, 1,50. — «Frente al mañana», S. Albornoz, 1,50. — «José Mazzini», B. King, 5,25. — «Los mejores cuentos», 3,75. — «Memorias de la duquesa de Abrantes», 1,50. — «Mercurial eclesiástica Montalvo», 2,50. — «Madres famosas», Chandler, 5.—. — «Murillo», P. Gargol, 2,50. — «Elementos de Psicología», Titchener, 3.—. — «Emen Hetan», R. J. Sender, 4.—. — «La familia Cardinal», L. Halévy, 2,10. — «Los falsos redentores», G. Piovene, 8.—. — «Desue el fondo de la tierra», L. Castro, 9,50. — «La amargura de la Patagonia», R. Dario, 7,50. — «Felicidad», K. Mansfield, 1,20. — «La gente alegre», J. Ohnet, 2,50. — «El humanisferio», J. Dejacque, 1,50. — «Historia de San Michele», Axel Munthe, 7.—. — «Historia de la literatura rusa», Walisewski, 7,50. — «El intelecto helénico», P. Gener, 4,50. — «Italia fuera de combate», I. Herraiz, 2.—. — «Ideario de Quevedo», Astrana Marin, 6,50. — «Obras escogidas de Heine», 8,50. — «Poesías de Plácido», 3,80. — «Pensamiento vivo de Nietzsche», H. Mann, 6,50. — «Imitación de Cristo», Kempis, 7,50. — «Plumero salvaje», Sambiancat, 3.—. — «Puerto cholo», M. Puga, 3,50. — «Realización del hombre», Stieben, 0,75. — «Perspectivas culturales en Sudamérica», E. Relgis, 3.—. — «Del presente y del futuro», P. Gener, 3.—. — «Pensamiento vivo de Schopenhauer», T. Mann, 4,20. — «Problemas sociales de derecho penal», P. Foix, 5,50. — «Pasión de Justicia», I. Pavon, 2,60. — «Profeta del hombre», Cordero, 4,50. — «La novela de Roger de Flor», 3,60. — «Reivindicación de la libertad», Ernestan, 1,50. — «Rojo y negro», Stendhal, 3,75. — «La reina Margarita», Dumas (2 tomos), 5.—. — «Reconstrucción de Europa», P. Benoit, 3,40. — «Sorolla», Pantorba, 2,50. — «Versos de Rafael de León», 9.—. — «Don Segundo Sombra», Guiraldes, 3.—. — «Sombras del mal», D. Macardie, 3,50. — «Epistolario amoroso», 5.—. — «Titanes de la oratoria», 5.—. — «Sehilia», Turgueniev, 1,50. — «Sinfonía de los siglos», Figola, 1,50. — «Teatro de Jacinto Benavente», 3,50. — «El tema de nuestro tiempo», Gasset, 3,75. — «Tolledo», F. del Valle, 1.—.

### LIBROS EN FRANCES

«La bible d'un anarchiste», R. Wagner, 2,50. — «Satan et l'amour», R. Gagey, 7,50. — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Hommage a Georges Eekhoud», Hem Day, 1,80. — «Servitude volontaire», E. de la Boetie, 3,30. — «L'inevitable révolution», un Proscrit, 3,20. — «Prêtres et moines», G. Dubois, 5.—. — «Le cooperatisme», 3.—. — «Anthologie de l'objection de conscience», H. Day, 3,30. — «La flagellation et les perversions sexuelles», Lorulot, 6,50. — «L'Emancipation sexuelle de la femme», M. Pelletier, 1,ñ. — «Tino Costa», Arbo, 7,20. — «Quai aux fleurs», Salvy, 1,90. — «Science et materialisme», Letorneau, 2.—. — «Socialisme révolutionnaire», 1,80. — «Les mystères des couvents de Naples», Princesse Forino, 4.—. — «Catechisme positiviste», A. Comte, 2.—. — «Faust», Goethe, 2,50. — «La cité future», Tarbourden, 4.—. — «Gargantua et Pantagruel», Rabelais, 4.—. — «Pour assurer la paix», P. Besnard, 2.—. — «Superstitions politiques», H. Dagan, 4,40. — «Mandatelli Lassu», L. Galleani, 2.—. — «Recherches sur les forces inconcues», Barbedette, 1.—. — «Les bandits tragiques», V. Meric, 2,90. — «Dainés de la guerre», Monolin, 2.—. — «Un drame politique», M. Dommange, 2,40. — «Armoires frigorifiques», Degoix, 5,80. — «La ceramique», Giacomotti (2 tomes), 3,80. — «Jours d'Exil», Courderoy (3 tomes), 9.—. — «Cours d'économie politique», Gide, 6.—. — «Errico Malatesta», Fedeli, 2,20. — «L'Incubation artificielle», Paulau, 3,10. — «Traité du paysage», Floury, 1.—. — «Sociologie générale», Dupreel, 6,70. — «Zola», A. Zevaes, 2,50. — «L'Heredité Psychologique», R'bot, 2.—. — «L'Amour heureux», Dubal, 0,80. — «La physiologie morale», Hill, 1.—. — «L'Hipnotisme à distance», Jagot, 2.—. — «La grande metamorphose», Gille, 1,50. — «Les grandes Jorasses», Frendo, 2.—. — «Chauffage Central», Bouroier, 5,40. — «Bahia de tous les Saints», Amado, 3,40. — «Les camps d'internement en Grece», 4,50. — «Histoire de la Coopération en France», Gaudmont (2 tomes), 15.—. — «La révolution inconnue», Voline, 3,50. — «La Révolution sociale», 2,50. — «Contes d'un rebelle», Delvadés, 1.—. — «L'Amour libre», C. Albert, 3,50. — «L'Etat de siège», Camus, 5,50. — «William Gorwin, philosophe de la liberté», 1,80. — «Histoire des Temps modernes» (3 tomos encuadernados), 6,75. — «Pour vaincre», B. de Ligt, 1,50. — «Vie de Franklin», Mignet, 1,50. — «Histoire de Charles V», Robertson (2 tomos encuadernados), 5,50. — «Essai sur l'imagination créatrice», Ribot, 1,50. — «La coutume ouvrière», M. Leroy (dos tomes), 5.—. — «L'Evolution des idées générales», Ribot, 1,50. — «La vie amoureuse de Casanova», 6,50. — «Serenades sans guitare», Villeboeuf, 7,50. — «Juan de Mairena», Machado, 6,90. — «Les caractères», La Bruyère, 5,60. — «Mauvaise graine», M. Azuela, 2,50. — «Anglais, Français, Espagnols», S. de Mada-riaga, 5,20. — «Le sang plus vite», V. Garcia, 3,75.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a F. Olaya. — Servicio de Librería del Movimiento. — 4, rue de Belfort - TOULOUSE (Haute-Garonne)  
GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)